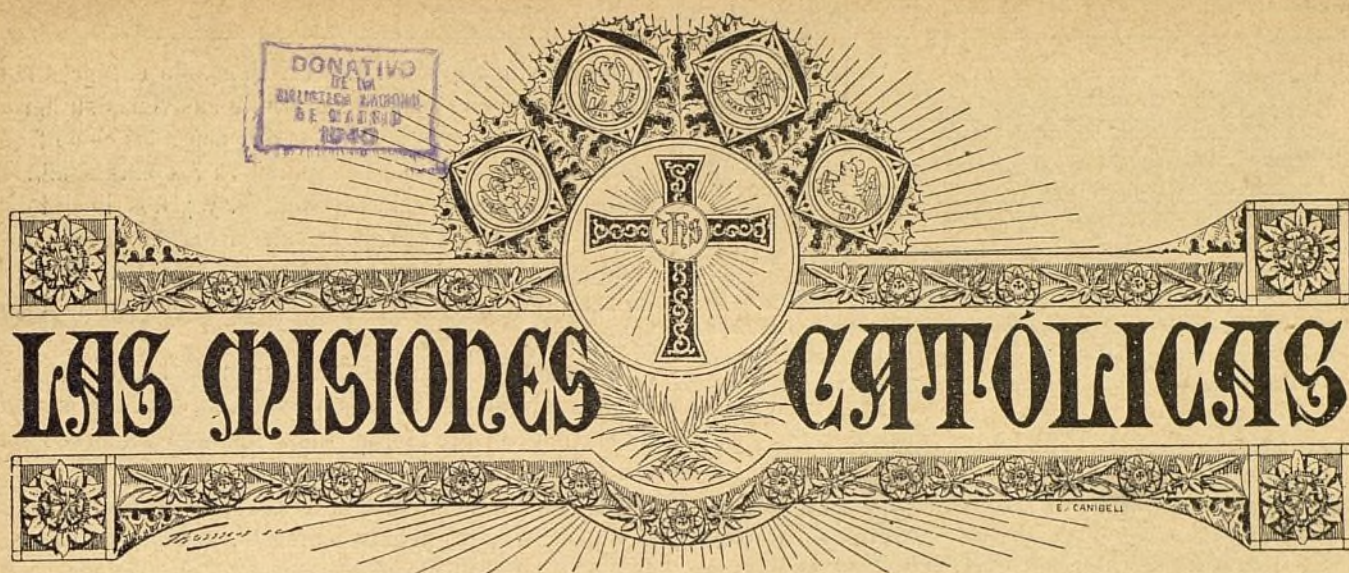


DONATIVO  
DE LA  
BIBLIOTECA NACIONAL  
DE MADRID  
1849



Precios de subscripción	Se publica el 15 de cada mes	Advertencias
ESPAÑA: Un semestre, 4 ptas.; un año, 8 ptas. EXTRANJERO: Un semestre, 5 francos; un año, 10 fr.	Año VII.—Viernes, 15 Septiembre 1899.—N.º 153	No se admite subscripción por menos de un semestre. El pago puede hacerse en libranza, letra ó sellos.

♦♦ REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Librería y Tipografía Católica, calle del Pino, 5, Barcelona ♦♦



JAPÓN.—SAPPORO: PALACIO DEL GOBERNADOR

Reproducción de fotografía remitida por el P. Ribaud. (Pág. 208)

OCTUBRE

Ayuntamiento de Madrid



80

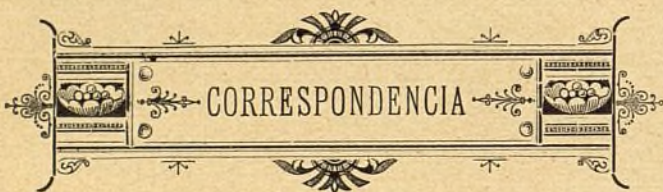




**Texto.**—CORRESPONDENCIA: *Japón, Nagasaki, Usuki.*—*Ecuador.*—RECUERDOS DEL CATOLICISMO EN EL TONKÍN.—LOS PIGMEOS, por el Ilmo. Le Roy.—UN VERANO EN EL JAPÓN BOREAL.—VARIEDADES.—Por una flor (*continuación*): El sitio de Viena.

**Grabados.**—JAPÓN: Sapporo. Palacio del Gobernador.—LA VIRGEN MARÍA DEL ROSARIO ENTRE LOS SANTOS Y SANTAS PRINCIPALES DE SU ILUSTRE ORDEN DOMINICANA.—PERFIL DE NIÑO NEGRILLO: Fernán Vaz.—CABEZA DE OBONGO: Negrillo del Alto Ogowé.—TRAJES AINOS. Vistos de espalda.—Yeso (*Japón*): Hilandería de cáñamo en Sapporo.—Yeso (*Japón*): Dependencias de la Escuela de Agricultura de Sapporo.—JAPÓN: Restos de la gran Exposición de Sapporo.—LA VIUDA DEL MÁRTIR.—Ilustraciones de la novela *El Cruzado*.

CON LICENCIA ECLESIASTICA



## JAPÓN.—NAGASAKI.—USUKI

### Nueva Misión

Acabamos de recibir la siguiente conmovedora carta del joven misionero apostólico A. Chapdelaine, que en el vasto imperio japonés trabaja con celo ardiente para extender el reino de Cristo. El Japón, que abre sus puertas al moderno progreso, que en brevísimos años ha sabido elevarse á potencia de primer orden, abrirá también, así lo esperamos, los corazones de sus hijos á la verdadera fe, y veremos renacer potentes y vigorosas las antiguas cristiandades que tantos Mártires dieron á la Iglesia y tantos Santos al cielo. El misionero pobre pide recursos, y á la súplica del misionero une la suya *Las Misiones Católicas*, cuyo fin único es dar á conocer y buscar protectores á las empresas heroicas que realizan los héroes de la cruz.

**D**ESTINADO, hace algunos meses, por mi ilustrísimo señor Obispo á evangelizar esta extensa comarca cuyos habitantes han de contarse por centenares de miles, me dirigí á mi nueva residencia, no sin ponerme bajo la protección de la Virgen Santa, y bendiciendo á la Providencia Divina, que me asignaba tan rica porción de la viña del Señor, para con mis escasas fuerzas desmontarla, cultivarla y convertirla de árida en viva, lozana y fructífera.

La parte de la Misión que debo evangelizar contaba hace tres siglos muchos millares de cristianos, y la ciudad de Usuki, mi habitual residencia, poseía tres hermosos templos y un Seminario; pero ¡ah! de las florecientes cristiandades de pasados tiempos sólo quedan recuerdos: la persecución sangrienta que durante ciento cincuenta años desoló el Japón, pudo aniquilar cuan-

to mi provincia poseía. Los cristianos de entonces muchos sellaron con toda la sangre de sus venas su heroica profesión de cristiana fe; otros, acosados como feroces animales, debieron refugiarse en los más sombríos valles de los más desiertos montes, y ¡Dios lo quiera! quizás tendré la dicha de encontrar alguno de sus descendientes, que al igual que los recientemente hallados en los alrededores de Nagasaki, han conservado incólume su fe.

Feliz seré si logro suscitar numerosa legión de fervientes adoradores al divino Señor, en esta región donde en tiempos que fueron, vióse honrado y adorado con tan viva fe.

En la actualidad carezco de todo; ni capilla, ni colegio, ni orfelinato, ni catecumenado, ni tampoco una residencia pobre donde pueda cobijarse el misionero; nada, nada absolutamente de cuanto es indispensable para fundar una cristiandad, pues para todo ello es menester una crecida cantidad, que mal se aviene con mi pobreza.

Al llegar falto de recursos, hube de contentarme construyendo una casa, ó mejor una choza de madera, en la cual el papel colocado sobre alambres desempeña el oficio de cristales: en ella me instalé lo mejor posible, y cada día procuro con todas mis fuerzas atraer á los paganos, para hablarles de Religión.

En este mísero tugurio ofrezco todos los días el santo Sacrificio del altar, y al dignarse el Dios del cielo descender á mis manos, considero con confusión vivísima que en mi casa hallará poco más que en el pobre establo de Belén.

Por esto me dirijo á los lectores de las *Misiones Católicas*, pidiéndoles se acuerden en sus oraciones y socorran con sus limosnas la pobre Misión de Usuki, tan floreciente en antiguos tiempos y tan pobre en la actualidad.

Aliento la dulce esperanza de que la Virgen Santa suscitará almas generosas que me auxiliarán en mi pobreza, y que esta Madre generosa devolverá como siempre el ciento por uno en esta vida, ó lo que es mejor en la otra eterna y feliz.

## ECUADOR

### En las florestas del Azuay

Tiempo hace que *Las Misiones Católicas* no se han ocupado del importante vicariato de Méndez y Gualaquiza, debido á las revueltas que han asolado al Ecuador y aislado casi por completo á esta importantísima Misión del resto del mundo. Es, pues, justo que la dediquemos algunas líneas importantes, copiadas de las cartas que el superior de dicha Misión dirige al *Boletín Salesiano*.

*Reapertura de la Casa Salesiana de Cuenca.—Fiesta de María Auxiliadora.—Actividad.—Cambio de escena*

24 DE MAYO DE 1898.—Me encuentro en Cuenca desde hace algunos días para ultimar lo necesario para la reapertura de nuestra Casa del *Corazón de María*, y una vez aquí, he querido preparar la fiesta de nuestra celestial Patrona con toda la pompa posible. Predi-



có durante toda la novena el Ilmo. y Rmo. Sr. D. Benigno Palacio, administrador apostólico, que con su intervención ha querido hacer más solemne nuestra fiesta. El número de Comuniones ha sido extraordinario, la música selecta, y edificante la compostura de todos. Pero aquí no puedo menos de dar cuenta de un medio para atraernos las simpatías de todos, que jamás se me había ocurrido. Yo hice la experiencia en Cuenca, y puedo asegurar que mi poblada y larga barba tuvo el honor de atraerse no pocas simpatías, porque la gente exclamaba: «¡Qué valientes son estos Salesianos barbudos!» Pero si mi barba se había hecho tan simpática, se debe también á la actividad desplegada, al entusiasmo, á la audacia, por decirlo así, con que trabajan los hijos de D. Bosco. Esto más que nada contribuye á atraernos la admiración y el cariño de los fieles. El mismo reverendísimo señor Administrador apostólico y el muy R. P. Matovelle me dijeron llenos de entusiasmo: *Así nos gusta V., P. Francisco, y gustará también á todos los cuencanos.*

También es digno de observarse el cambio de escena que ha tenido lugar en esta región. En los tiempos pasados salían de Cuenca para Gualaquiza Religiosos y párrocos para catequizar á los hijos de la floresta, á los batalladores jíbaros, pero poco ó nada pudieron hacer, porque éstos siempre se han mostrado rebeldes.

En este año, por el contrario (verdaderamente *Deus ludit in orbe terrarum*), de Gualaquiza se han mandado Salesianos á Cuenca, no para civilizar esta provincia, una de las más cultas de la República, sino para educar á la juventud cuencana. Este cambio tan manifiesto de cosas es la mejor prueba del auxilio y protección divina en todas nuestras obras.

15 DE JUNIO.—Me encuentro aún en Cuenca, pero hacia últimos de mes, concluidos todos mis asuntos, pienso regresar á mi querida Gualaquiza. Para mí aquellas florestas, aquellos jíbaros de ojos brillantes, de carácter animoso y guerrero tienen un encanto inexplicable. Aquella es la mística viña que el Señor me ha confiado: éste es el secreto que me hace amar tanto la soledad de la selva con sus privaciones y con la carencia de una palabra amiga en las horas de desaliento... ¡Sí, amados jíbaros, siempre os tengo presentes en mi mente, y cuando duermo vuestro dulce recuerdo acaricia mi fantasía!... Me parece ver vuestras orientales florestas vestidas de nuevas galas, atravesadas por cómodos caminos que os pondrán en comunicación con países civilizados, convertidos en pueblos y ciudades hermosas que ocupan el lugar donde ahora se levantan estas plantas seculares, y sobre todo á sus habitantes, que convertidos en laboriosos cristianos, emularán á otros pueblos en la industria y en el comercio... ¡Oh Jesús Redentor, apresura esta hora tan suspirada: haz que tantos pobres jíbaros sean pronto admitidos á gozar de las inefables delicias de tu reino! *Servire Deo regnare est!*

*Retorno á la Misión y progreso de ésta.—Terrible caída.—¡Salvados todos por Marta!*

10 DE JULIO.—Continúo mis apuntes en Gualaquiza, á donde si he vuelto, ha sido por un verdadero milagro. Las cosas de la Misión van perfectamente. He he-

cho construir cuatro hermosas campanas, tres para la iglesia parroquial y una para la capilla de San José, que se encuentra á un día de camino de Gualaquiza. También he empezado á formar una pequeña banda, he aumentado las herramientas de los talleres y el número de artesanos. Ya diez jóvenes estudian con intento de abrazar la carrera eclesiástica: de éstos, dos vestirán la sotana en Septiembre, y los otros poco después. ¡Sea Dios por siempre bendito y alabado!

Confrontando la Gualaquiza de hoy con la del año en que la Providencia me la designaba como campo de mis fatigas, ¡cuántos motivos tengo para bendecir la misericordia divina! ¡Cuántas variaciones, cuántos progresos en tan poco tiempo!

Todo el Ecuador sorprendido tiene la atención puesta en este vicariato, y todos se maravillan del entusiasmo que los Salesianos suscitan en las poblaciones ecuatoriales. Las conferencias celebradas en las principales ciudades y en los pueblos, las circulares y la *Sociedad protectora de nuestras Misiones* fundada en Cuenca y Gualaceo, han hecho crecer y desarrollarse la pequeña semilla salesiana sembrada en estas regiones. Todos los periódicos de la República hablan en nuestro favor, y nos guardan toda clase de consideraciones. Los gastos hechos después del incendio del 1894, que nos lo destruyó todo, ascienden á 15,000 *suces*, suministrados por la inagotable caridad de los pueblos del Azuay.

16 DE JULIO.—Hoy mi pluma entona un himno á nuestra tierna Auxiliadora, y mis palabras se consagran en la fiesta de la Reina del Carmelo, á publicar su gloria y sus prodigios. Escribo con el corazón reboando gratitud, porque puedo muy bien decir que de estos prodigios yo mismo *magna pars fui*. A principios de Julio, como había determinado, salí de Cuenca en compañía de nuestro nuevo sacerdote D. Antonio García, y de seis robustos jóvenes que deseaban dedicarse á las Misiones. Después de dos días de viaje sufriendo la torrencial lluvia que caía sin cesar, llegamos á *San Jose*. Aquí nos guarecimos un poco, y por la mañana celebrada la Santa Misa, y después de predicar y administrar la Confirmación á algunos jóvenes y niños del lugar, continuamos nuestro camino, deseosos de llegar á Gualaquiza antes de la puesta del sol. Conviene aquí hacer notar todos los particulares, porque todo hace ver la manifiesta protección de María Santísima.

Eramos ocho; unos caballeros en fuertes y hermosas mulas, y otros en buenos caballos. Para el relevo y conducir los pocos víveres que necesitábamos, llevábamos también otras tres mulas. En los cuatro años y medio que hace que estamos en la floresta oriental, era ésta la caravana más numerosa y mejor equipada. Después de media hora de camino, en el sitio donde la subida era más rápida y peligrosa, no sé cómo, mi mula pierde el equilibrio, y sin que me diera tiempo á sacar los pies de los estribos, rueda por la pendiente un espacio como de veinte ó más metros, con la velocidad de una piedra que separada de la cima de una montaña se precipita en el valle. Figúrese cada uno como pueda este lamentable accidente... Con los pies enganchados en los estribos, arrastrado por el peso de la mula me veía obli-



gado á rodar como una sola cosa con ella, de manera que unas veces era la mula la que besaba la tierra llevándome sobre el lomo, y otras era yo el que me encontraba debajo del animal, sintiendo gravitar sobre mi espalda el enorme peso de su cuerpo... Mis compañeros de viaje al ver una caída tan espantosa, é impossibilitados de venir en mi ayuda porque la aspereza del sitio se lo impedía, ya me lloraban muerto... Yo, sin embargo, mientras me precipitaba no había perdido la serenidad, y esperando la muerte de un momento á otro, me encomendé á María Santísima, maravillándome de no sentir dolor alguno, ni del peso de la mula ni de las piedras y troncos que me caían encima... Finalmente, quiso Dios que se rompieran los estribos y pude librarme de la mula, mas no me era posible detenerme á causa de la velocidad adquirida... Con pocos metros más que hubiese rodado así, habría caído inevitablemente en el río *Cuchipamba*. Este río que en Gualaquiza toma el nombre de gran Bomboiza, bastante crecido por la lluvia, no daba, humanamente hablando, esperanza alguna de salvación á aquel que hubiera caído en sus aguas... Pero ¡sea bendita la visible protección de la Virgen de D. Bosco! Precisamente á pocos pasos de la orilla del río conseguí levantarme, y como si nada me hubiese ocurrido, me puse al momento á buscar mi mula, la cual se había detenido también junto al río. Le ayudé á levantarse, y á los gritos de ¡*Viva María Auxiliadora!* y ¡*Viva D. Bosco!* recogí las provisiones que llevaba en mi silla, que con la caída se habían dispersado por todas partes. Así yo como la mula resultamos completamente ilesos: ni una herida, ni una gota de sangre, ni el más pequeño rasguño. En seguida, con un cuchillo que se lleva siempre en la silla, me puse á trabajar con el objeto de abrirme camino para reunirme á mis compañeros, que, mudos y más espantados que yo, presenciaban esta escena llenos de ansiedad... Me costó bastante trabajo convencerlos de que ni yo ni la mula nos habíamos hecho mal alguno; no pudiendo negar la realidad del hecho, todos acordes lo proclamaron una gracia señaladísima de María Santísima. Yo, por mi parte, aseguro que ha sido un verdadero milagro... Acaso habrá sido una acechanza del demonio para impedir el poco bien que con la ayuda de Dios vamos haciendo, pero el que está bajo el manto protector de María Santísima no tiene nada que temer. Una caída semejante en un lugar tan abrupto y con circunstancias tan especiales, sin el auxilio divino nos habría destrozado tanto á mí como á la mula... En vez de esto, atraveso por mi pie aquellas asperezas seguido de mi cabalgadura, consuelo á mis compañeros, entono con ellos un cántico en acción de gracias, y lleno de vida llego á Gualaquiza montado en mi compañera de aventuras. Esta gracia vale más que todas las exhortaciones que se puedan hacer, para animarnos á confiar en María Auxiliadora. El que desee cerciorarse con sus propios ojos de la verdad del hecho que refiero, venga á Gualaquiza, y yo lleno de vida le conduciré al borde del precipicio, en compañía de mis otros siete compañeros de viaje, testigos oculares del hecho.

*Nuestra Misión convertida en hospital.— Nueva guerra entre los jíbaros.— Astucias y traiciones.— Santiago Visuma*

8 DE AGOSTO.— Durante mi ausencia desarrollóse entre los jíbaros una epidemia contagiosa, y hubo necesidad de convertir en hospital el Colegio. La protección de María Santísima se manifestó también en esta ocasión, y todos los que fueron asistidos por nuestro querido hermano D. Luis Giaccardi, curaron en poco tiempo. Ahora la epidemia ha desaparecido casi por completo.

Nos queda, sin embargo, otra mucho más peligrosa y de más difícil curación, y es la continua enemistad que reina entre los dos partidos en que están divididos los jíbaros. ¡Infelices! Llenos de vida, inteligentes y fuertes, podrían adelantar mucho más en todo si las dos facciones no se odiaran mortalmente. Desde la muerte del *brujo* (médico) Andrés, pariente de Ramón, jefe de la facción enemiga de la del viejo Naranza éste procuró siempre vengarse por medio de alguna traición. Hace unos meses llegó al extremo de hacer asesinar á un jíbaro del partido de Naranza. Esto fué causa de que se promovieran nuevas asechanzas y se hiciera más encarnizado el odio entre los dos partidos.

El 28 del próximo pasado Julio llegaron al Colegio una veintena de jíbaros, llevando á la cabeza al célebre Santiago Visuma, pariente de Naranza, pésimo sujeto enemigo de Ramón. Al momento comprendí que se maquinaba alguna traición, porque Ramón, encontrándose enfermo, hacía ya tres días que se hospedaba con su familia en el Colegio de la Misión. Apenas Ramón vió llegar á Visuma, arrebatado por la cólera quería á toda costa matarlo, y necesité hacer uso de toda mi autoridad para evitar que se cometiera un crimen. Con el objeto de estar más seguro, encerré á Ramón en la habitación en que estaba acostado, y después fingiendo gran tranquilidad, hice los honores de la casa á los recién llegados. Pero Ramón, viéndose sujeto, ordenó sin que yo lo supiera, por medio de signos, á uno de su familia que avisara á todos los de su partido, que Santiago con los suyos estaba en el Colegio, para que lo acecharan en el camino y le dieran muerte cuando saliera. Santiago, sin sospechar nada, estuvo con nosotros hasta las tres de la tarde, hablando de infinidad de cosas y con mucha tranquilidad. Para demostrarme que no tenía ninguna mala intención, me decía:

—¡Ah, P. Francisco! El (Ramón) malo estando; él á mí matando queriendo; él á mi cabeza cortando mucho queriendo; vos P. Francisco, mucho bueno conmigo estando; yo á vos mucho queriendo; vos á Ramón avisando á mí no matando, sino por sí haciendo bueno.

Yo traté de infundirle más humanos sentimientos, asegurándole que Ramón no le habría hecho mal alguno por hallarse enfermo, y lo mejor que pude lo despedí. Una media hora después de su marcha, vinieron á advertirme que en la floresta los jíbaros de Ramón habían asaltado á Visuma, matando á dos de sus compañeros é hiriendo á otros muchos, y que el mismo Santiago herido mortalmente en varios sitios, después de haber hecho esfuerzos para llegar hasta su casa, había



sucumbido. Apenas supo Ramón que los suyos habían llevado á término el horrible crimen, huyó del Colegio desesperado. Quien me puso al corriente de esta triste ocurrencia fué el Sr. Moscoso, hijo del alcalde de Sig-sig, el cual todo agitado llegó al Colegio gritando:

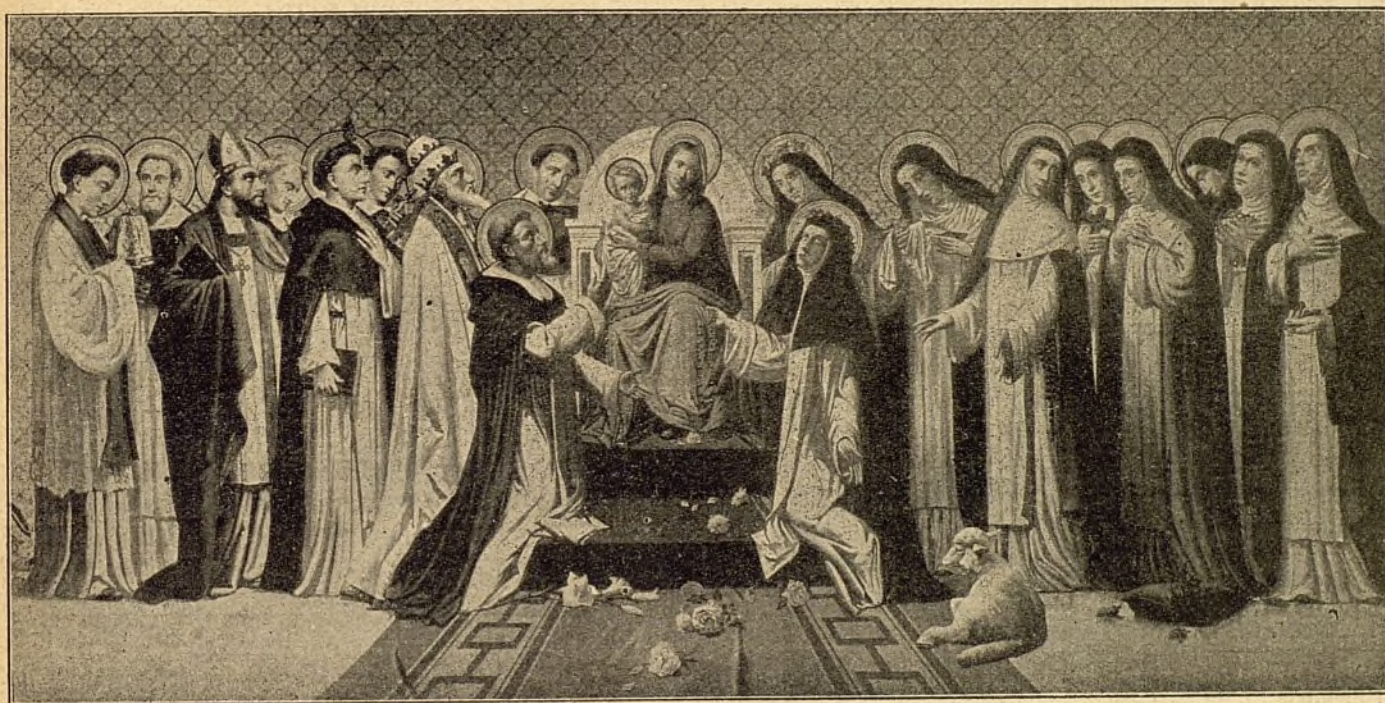
—Padre Francisco, corra en seguida á la floresta, que junto á mi hacienda se están peleando los jíbaros y ya hay dos muertos.

Al momento sin esperar ni caballo ni mula, acompañado del Sr. Moscoso mismo, me dirigí al lugar del combate para ver si podría aún salvar algún alma. Me exponía á un gran peligro, porque los jíbaros de Ramón podían sospechar que yo iba para ayudar á los partidarios de Santiago. Al llegar lo encontré todo desierto, y hallé el cadáver del pobre Santiago todo cubierto de heridas. Lo bendije, y ayudado por algunos indios ya civilizados y cristianos, improvisé con palos y ramas

den. Con autoridad, demostrando que no me hacían impresión sus amenazas, les obligué á dejar fuera de la iglesia las armas. Entonces un tal Antonio Visuma, pariente del difunto y jefe de la comitiva, se adelantó hasta mí, y me estrechó y besó la mano diciendo:

— *Nada teniendo con vos, P. Francisco, nada á vos malo haciendo, sólo conversando, no más, y continuaba: Ramón estando ¿por qué á jíbaros míos muchos matando? ¿Qué haciendo acaso nosotros á jíbaros de Ramón para matando?... Corazón de Ramón mucho malo estando pensando. ¿Por qué así matando?*

Mientras se expresaba en estos términos, gritaban los demás al mismo tiempo, de manera que parecía aquello el fin del mundo. Traté de persuadirles por medio de signos y de palabras, de que yo también estaba entristecido por la desgracia que había ocurrido, pero



LA VIRGEN MARÍA DEL ROSARIO ENTRE LOS SANTOS Y SANTAS PRINCIPALES DE SU ILUSTRE ORDEN DOMINICANA

(Cuadro al óleo de Bosch)

de árboles una rústica camilla, sobre la cual coloqué el cadáver y lo hice transportar á la iglesia para las exequias, pues hacía ya algunos años que Visuma había recibido el bautismo. Antes de que anoheciera ocurrieron otras bárbaras escenas. Numerosos jíbaros, parientes y partidarios del muerto, se presentaron armados en el Colegio, y llorando, gritando y amenazando, nos culpaban de no haber impedido la muerte de Santiago. Los jóvenes del Colegio huyeron asustados, y los encolerizados jíbaros gritaban por todas partes:

— *En donde estando el P. Francisco, mucho hablando, mucho conversando queriendo, porque á nuestros jíbaros matando dejando P. Francisco.*

Yo me encontraba en la iglesia rezando, y cuando lo supieron se dirigieron todos á ella para buscarme; pero no pudiendo permitir tal profanación, para evitarla hice la señal de la cruz, é invocando el auxilio divino, me presenté ante ellos mandándoles guardar silencio y or-

que todo había sucedido independientemente de nuestra voluntad; y que apenas había sabido lo que ocurría, corrí al sitio de la pelea para impedir mayores desgracias, y al mismo tiempo para auxiliar á los heridos y conducir los muertos á la iglesia, y darles cristiana sepultura. Una vez convencidos de mi inocencia, me dieron las gracias lo mejor que pudieron, y ya calmados, les hice prometer que vendrían todos á la mañana siguiente para asistir á los funerales de Visuma. Cumplieron su palabra, y al día siguiente muy temprano vino Naranza con sus jíbaros. Me avisaron que había otro cadáver en la floresta, y mandé al momento á recogerlo para hacer un solo funeral.

Es imposible referir la escena desgarradora que tuvo lugar entonces. Todas las pasiones humanas agitaban á aquellos infelices: al llanto iban unidas imprecaciones, maldiciones y juramentos de venganza, de tal modo que me parecía encontrarme á la puerta de la ciu-



dad del eterno dolor que nos describe Dante... Por lo demás, ellos á su manera demostraban la sinceridad de su dolor. Los hombres se formaron en bien ordenada línea con todas sus armas, lanzas, fusiles y escudos; las mujeres, por el contrario, desesperadas depositaban sus objetos más preciados en torno de los muertos. Me decían:

—*Así haciendo, así mucho rezando vos, P. Francisco, mucho bueno estando; P. Francisco, vos muchas Misas cantando, y mucho á Taita Dios pidiendo bueno estando; nosotros á vos mucho queriendo porque vos corazón mucho bueno teniendo.*

En tanto ¡cosa admirable! al mismo tiempo que iban siguiendo su curso las sagradas ceremonias, se iban calmando todos, y al fin encontraron en la Religión consuelo á su pesar. ¡Pobres jíbaros! ¡pobres salvajes!

Después de las exequias, con el objeto de que restauraran sus fuerzas les di un abundante almuerzo, y en seguida se dió sepultura á los muertos, acto que resultó imponente. Asistió toda la población de Gualaquiza y gran número de jíbaros, á los cuales antes de salir de la iglesia les hice recitar distintamente el *Padre nuestro*, *Ave María* y *Requiem*. ¡Oh Iglesia santa! ¡Qué grande es tu poder! ¡Qué consolador es para el pobre misionero un instante semejante! El solo le hace olvidar todas las privaciones y fatigas sufridas, y lo torna feliz. ¡Cómo habrá rabiado el demonio al ver á sus secuaces (que tales son aún los jíbaros) postrados en el templo del Señor, reconocer la inmortalidad del alma y rezar por los difuntos! Concluido todo, los jíbaros se marcharon contentísimos de nosotros. ¡Que Dios nos conceda la gracia de poderlos pronto convertir y salvar!

En estos días, no obstante estos tristes episodios, hemos podido celebrar con gran pompa la fiesta de nuestro glorioso patrón San Francisco de Sales, que se había diferido á causa de mi ausencia de Gualaquiza. Todo resultó de la mayor gloria de Dios y bien de las almas. Las Comuniones de las personas civilizadas fueron muy numerosas, la música ejecutada en las funciones sagradas muy buena, y general el contento y la alegría. Fué una fiesta memorable.

*Nuevas enemistades.—Más muertos.—Situación difícil.—Los jíbaros de Méndez.—Proposiciones para tres nuevas Casas.—Una mirada al porvenir.*

13 DE AGOSTO DE 1898.—Apenas han pasado algunos días de los tristes sucesos que he referido, y ya me veo obligado á describir nuevas escenas de sangre. Exacerbada la facción de Naranza por la muerte de Santiago Visuma, pidió auxilio á otras tribus interiores, y todos unidos asaltaron la casa de Ramón, matando dos jíbaros, hiriendo á otros muchos é incendiendo el edificio. Ramón por su parte tampoco permaneció inactivo, y ayudado también por otras tribus resistió firmemente. De esta manera continúa la guerra encarnizada entre las dos tribus. Los misioneros necesitamos usar de mucha prudencia para apaciguarlos é impedir nuevos desórdenes, porque no debemos manifestarnos partidarios de ninguna de los dos bandos, sino ser amigos de todos y socorrerlos igualmente con ge-

nerosa neutralidad. ¡Infelices! son dignos de compasión; estiman, respetan y aman al misionero, pero no pueden deponer su recíproco odio.

Ayer tarde fuimos á recoger el cadáver de un jíbaro, joven de 18 años, víctima de atroz venganza: hacía ya dos días que le habían dado muerte, y se encontraba en estado de putrefacción á causa de las muchas heridas que había recibido. Este desgraciado venía con frecuencia al Colegio, y tomaba parte con gran alegría en las recreaciones con los niños internos y con los misioneros. Se llamaba José Mario, y se distinguía por su buena conducta: acaso ya habrá recibido el premio en el cielo. Nosotros por nuestra parte le hicimos un solemne funeral. De los otros jíbaros muertos aún no se han podido encontrar los cadáveres. Roguemos al Señor por estos desgraciados, para que use misericordia con ellos, y cesen sus odios y las guerras que tan infelices los hacen.

Por ahora los misioneros y cristianos que viven en Gualaquiza no corren ningún peligro, pero de un momento á otro podemos ser atropellados por los salvajes, que sospechan de todo.

Una palabra sobre los jíbaros de Méndez. Estos envidian la suerte de los de Gualaquiza, que gozan de la presencia y cuidados del misionero. En seis meses han venido ya tres veces para conducirme allá.

*Vos, Padre Francisco, me decían, parejo Méndez yendo, allá muchos huertos por vos haciendo, mucha yuca con mathe, plátano habiendo, muchos puercos, gallinas, jabalies por vos matando... también casa, convento por vos haciendo.*

Yo para contentarles algo, les he prometido que en cuanto me sea posible iré á hacerles una visita, y que con el tiempo estableceremos una casa entre ellos.

En Méndez son bastante numerosos los jíbaros. Acaso no tardaremos mucho en fundar allá un buen centro de nuestras Misiones orientales. Hace pocos meses he inducido al Municipio de Pante, distrito que abraza los pueblos de Guachapala, Pan y Palmos, que confinan con nuestro vicariato, á pasar un tanto á dichas poblaciones con la obligación de abrir un camino que llegue hasta Méndez; yo por mi parte me he comprometido á visitarles apenas esté terminado. En todas esas poblaciones reina grande entusiasmo y se ha tomado muy á pechos esta obra, y si estos bríos no vienen á menos, podremos entrar en Méndez á fines del corriente año.

También otras personas influyentes é importantes me han dirigido sus ruegos para la fundación de nuevas residencias en Cañor, Gualaceo y Sigsig, grandes centros de población donde la mies ha de ser abundante. Creo que dentro de muy poco podré corresponder á estas peticiones. En los dos últimos años he recorrido casi por completo las provincias del Azuay, misionando y dando conferencias, y he podido convencerme del lisonjero porvenir que aquí se le prepara á nuestra Congregación. A medida que se conoce la Obra de D. Bosco va siendo más amada: en muchas de estas partes nos esperan con ansiedad. No soy profeta ni hijo de profeta, pero si por lo hecho hasta aquí podemos argüir lo que podrá hacerse en el porvenir, creo poder asegurar que las provincias del Azuay entrarán muy pronto



por las sendas del verdadero y cristiano progreso, debido á los Hijos de D. Bosco.

¡Quiéralo así el Dios misericordioso, y el Ecuador bendecirá eternamente la gratísima memoria de nuestro amado Fundador y Padre!

## Recuerdos del Catolicismo en el Tonkin

### XVI

*Política de Minh-Mang.—Su muerte.—Su sucesor-Thieu Tri*

**Q**UÉ hacía en tanto el rey Minh-Mang?

Por vez primera veía ondear en su reino las banderas de las potencias europeas: Inglaterra iniciaba en Cantón la guerra contra el opio, guerra que debía ser origen de revolución profunda en las relaciones de Europa con el Extremo Oriente: numerosos navíos de guerra franceses recorrían los mares de la China.

Después de negarse á recibir las cartas del rey de Francia, á admitir los cónsules y los jefes de las naves de dicha nación, después de ordenar la muerte de muchos misioneros y el destierro de otros, se preguntó el tirano si se había excedido en sus múltiples violencias, que contrastaban con la política tolerante de su padre, y si podían aquéllos ser causa de terribles represalias.

Impulsado por estos temores, en Enero de 1840 resolvió enviar á París tres mandarines, encargados de restablecer las relaciones comerciales entre Francia y el Anam, pero que en realidad el único fin de su largo viaje era conocer las disposiciones del Gobierno, y asegurarse de los recursos con que contaba la nación. Mientras permanecieron en Europa, nunca cesaron de afirmar que su patria trataba con la debida consideración á los misioneros, y que el Catolicismo disfrutaba de toda libertad.

Esta mentira, que nadie les pedía, fué refutada con incontestables pruebas.

Los directores del Seminario de Misiones Extranjeras elevaron al mariscal Soult una Memoria, donde con claridad exponían la verdad de los hechos: una colección de edictos contra los cristianos, prisiones y martirios de misioneros, prisiones y destierros de cristianos. Al mismo tiempo avisaron la llegada de esta embajada al Romano Pontífice, quien influyó en el ánimo de Luis Felipe para que usara de toda su autoridad para poner término á la persecución.

Muchos Obispos repitieron igual demanda: varios periódicos insistieron en la necesidad de que el Gobierno, interviniendo en nombre de Francia, pusiera término á las sangrientas escenas que recuerdan los días más sombríos de la naciente Iglesia.

Luis Felipe no concedió audiencia á los embajadores por no haber sido debidamente anunciados, y por presentarse de manera contraria á lo prescrito por el ce-

remonial: los recibieron algunos ministros, quienes les hicieron comprender conocían las crueldades de Minh-Mang, y que tarde ó temprano ellas atraerían sobre él y sobre su reino venganza ejemplar.

Parece causó no escaso asombro á los embajadores lenguaje tan opuesto á las ideas religiosas que habían oído emitir por el mundo oficial. Más lógicos que aquellos con quienes hablaban, y sin adivinar que la fe alentaba al fondo de las almas escondida con volteriana ligereza, no comprendían en la posibilidad de al mismo tiempo reírse del Catolicismo y defenderlo.

El ministro no contento con amenazar á los embajadores, ordenó que varias naves se dirigieran á las costas de la China, para si era preciso proteger á los misioneros; debían, sin embargo, cuidar de no comprometer la bandera francesa. Esta precaución, la que esperaban sería provechosa, debía reportar múltiples males.

Cuando los embajadores creyeron cumplida su misión, regresaron á Hué, donde llegaron poco después del fallecimiento del Rey que los enviara.

Minh-Mang cayó de caballo con suerte tan desgraciada, que mortalmente herido falleció el 20 de Enero de 1844. Los misioneros en sus escritos lo comparan repetidas veces á Nerón, pues les parecía no poder existir soberano capaz de organizar persecuciones más violentas ni tormentos más atroces contra los valientes cristianos. Justa nos parecería la comparación si leyéramos las barbaridades que de él refieren, alguna de las cuales copio á continuación:

Minh-Mang asesinó á su hermano: mandó estrangular numerosas víctimas por bagatelas ó mero capricho, entre las cuales citaré una jóven, fiel guardadora de un secreto, cuya lengua mandó cortar y presentarle en un plato, para así cerciorarse de su muerte. Le ocurrió un día la torpe idea de arrojar un objeto dentro la jaula de un tigre, y mandar á un soldado entrara á recogerlo: el infeliz debiendo afrontar la cólera del Rey ó la del tigre, esperó que éste sería más clemente, y su esperanza no salió fallida, la fiera lo dejó salir sano y salvo.

Más loco que cruel, complacíase también el Rey de Anam torturando y azotando á los marinos que no guiaban bien las naves, y á los ídolos que no enviaban la lluvia cuando él la deseaba: llegó su locura á dar medicamentos á los cañones expuestos al aire libre cuando los veía húmedos; pues, decía, sudan de dolor por no poder combatir á los rebeldes.

Sin embargo, la crueldad con que trató Minh-Mang á los cristianos, nos parecerá pequeña si la comparamos con la desplegada pocos años ha por un ministro de Hiep-Hoa, el siniestro Tuyet, que supo engañar á Francia, á sus generales y diplomáticos, y ordenó la muerte de todos los cristianos y misioneros del Anam...

La muerte del Rey concedió algún reposo á la Iglesia del Tonkín. Su sucesor Thieu-Tri no poseía ni su energía ni su obstinación, y dejó transcurrir largo tiempo sin perseguir á los cristianos.

Los misioneros supieron aprovecharlo.

El Ilmo. Retord, sucesor del Ilmo. Dumoulin, dirigióse á Manila, donde fué consagrado obispo. Al regresar consagró al Ilmo. Hermosilla, nuevo vicario apostólico.



«Celebróse esta ceremonia, escribe dicho ilustrísimo señor, el día 25 de Abril en una choza cubierta de paja, para en caso de eminente peligro poder con facilidad huir y escondernos. El acto revistió escasa solemnidad. Acto seguido su ilustrísima marchó á conferir á su coadjutor la dignidad episcopal: en estas regiones es necesario apresurarse á imprimir la unción santa en otras frentes, pues quizá nuestra cabeza está en visperas de caer al golpe del acero del verdugo.»

## XVII

*Prisión de misioneros franceses.—Francia consigue su libertad*

Renacía la persecución.

Diez días antes de la consagración del Ilmo. Hermosilla, ó sea el 15 de Abril, fueron hechos prisioneros los misioneros franceses PP. Galy y Berneux. Tres meses había transcurrido de su llegada al Tonkín, y próximas las fiestas de Pascua, deseando celebrarlas juntos hallábanse todos en Phuc-Nhac.

Avisados de la llegada del mandarín y sus tropas, cuando éstas habían ya rodeado el pueblo, refugióse el P. Berneux en la casa de las Religiosas Amantes de la Cruz. Sobre bambús que servían de artesanado, y sentado en una cesta llena de cebollas, esperó tranquilo la llegada de los soldados, dando gracias á Dios que le otorgaba la gracia de poder confesarlo ante los paganos. Los soldados sospecharon el refugio; la única Religiosa que permanecía en la casa recurrió á curiosa estratagemas para mejor esconderlo. «Bajo aquel desván se guardaba paja, escribía tiempo después el P. Berneux, á la que puso fuego rodeándome un torbellino de espeso humo: el exceso de su celo ó temor llegó á calentarme algo más de lo que hubiera querido.» A pesar de este recurso, el misionero fué descubierto y conducido á presencia del mandarín, donde encontró á su compañero el P. Galy cogido entre espeso matorral.

—Día feliz, exclamó el P. Berneux, abrazando á su compañero.

—Sí, contestó, éste es el día del Señor, alegrémonos.

Después de interrogados los misioneros y diecinueve cristianos indígenas, fueron encerrados en unas á manera de jaulas, y conducidos á Nam-Dinh. El gobernador de esta ciudad, que tenía orden de aprisionar al Ilmo. Hermosilla, quería que el P. Galy fuese el buscado Obispo español.

—Bien, no importa, contestó el misionero; tal vez así ocuparé en el cielo el sitio que le está reservado.

Los Padres seguían presos: el P. Berneux terminó al tercer interrogatorio con la siguiente cuestión sostenida con un mandarín.

—¿Todos los cristianos tienen alma?

—Ciertamente, lo propio que todos los paganos. ¡Mandarín, también vos tenéis alma, y ardientemente deseo sea de las que Dios premiará!

—¿Dónde va el alma separada del cuerpo? contestó riendo el mandarín.

—Reid, continuad riendo; tiempo vendrá que no reiréis.

Pasados cortos días los condujeron á Hué, y fueron condenados á muerte, pero sin fijar la fecha de la ejecución.

Las sentencias de muerte pronunciadas en esta forma rara vez se cumplen: equivalen á cadena perpetua.

El día 5 del siguiente Octubre fué cogido el P. Charrier al momento de abandonar Bau-Nô, acompañando su prisión las siguientes circunstancias por el mismo relatadas.

«Pasabámos á corta distancia de un pueblo pagano, cuando gritaron ¿quién va allá?

«Desconcertado el patrón, contestó con voz temblorosa algunas palabras: acto seguido oyóse el redoble de un tambor, y el pueblo en masa salió á perseguirnos en barcas y á pie. Nos echamos al río: pronto se agotaron mis fuerzas, caí tres ó cuatro veces, y empecé á temer había llegado mi hora postrera.

«Sin embargo, procuraba seguir avanzando dentro el agua, que unas veces llegaba á la cintura, otras subía hasta el cuello, y otras cubría por completo mi cabeza: de súbito hundíme en profundo hoyo, y sólo á costa de grandes trabajos logré salir.

«Extenuado por tan penosa marcha, sin fuerzas para adelantar un paso, perseguido por más de cien personas, de las cuales era imposible escapar, dije á cuantos me acompañaban que se salvaran como pudieran, dejándome solo para que los mandarines no añadiesen neófitos á mi proceso. Cogiéronme los paganos, y mojado de piés á cabeza me acompañaron á la cárcel del pueblo.»

Pasados dos días el P. Charrier fué trasladado á la capital del departamento.

Recorriendo el camino que separa el poblado de la capital, buscó y halló entre la muchedumbre un cristiano: pudo hablarle, y le pidió saludara á su buen amigo el Obispo.

—Dirás á su ilustrísima, añadió sonriendo, que prefiero mis grilletas á su mitra, y mis cadenas á su báculo. Que es cierto que su cruz vale mucho, pero que la mía es más preciosa que la suya.

Contestó á los jueces con serenidad, energía y prudencia, y el mandarín general al oírlo dijo al juez:

—Hábiles son sus respuestas: menester será lo examinemos de nuevo.

Los mandarines creyeron útil que en el segundo interrogatorio les ayudaran los verdugos. El misionero recibió numerosos golpes de bambú «que, dice, pedí al Señor los contara, y contólos con tal exactitud para que no me dañaran, que apenas sentí sus lógicos efectos.» Como es natural, no contestó á las preguntas que le dirigieron. Los que presenciaban estas escenas murmuraban:

—Este hombre es intratable.

El gran mandarín le propuso la siguiente cuestión:

—Si el rey te perdonara y enviaba á Europa, ¿no estarías contento de tu suerte?

—Al contrario, contesta el confesor de la fe, á la primera ocasión regresaría para predicar otra vez la verdadera Religión á los anamitas.

El intrépido sacerdote debía cumplir su palabra.





PERFIL DE NIÑO NEGRILLO (Fernán Vaz)

Prognathismo declarado. (Pág. 204)

Sufrió el suplicio de las tenazas sin desmayar su valor: Dios escuchó las súplicas de su siervo, y vertió en sus venas algunas gotas de la heroica sangre de los mártires de Lyon.

El Ilmo. Retord cuando tuvo noticia de la prisión de su compatriota, despachó dos catequistas con orden de entregar al misionero diez barras de plata para atender á sus más urgentes necesidades, y una carta de aliento y consuelo.

Pudieron los enviados ver al cautivo, hablarle largo tiempo y regresar siendo portadores de dos cartas para el Obispo, en las que se referían los sufrimientos gloriosos de los héroes de la fe.

El día 20 de Octubre el P. Charrier fué sacado de su prisión y encerrado en la de los condenados á muerte, «edificio inmenso, habitado por cuarenta y tres prisioneros, todos asesinos, ladrones, salteadores de caminos y rebeldes.»

Era tratado con singular deferencia, que hubiera admirado á los que desconocen el Anam, tanto como las amistosas relaciones que á pesar de ser condenado á muerte, sostenía con sus guardas y jueces.

El mandarín jefe de la prisión lo visitaba, mandábale sentar á su lado, le ofrecía té y regalaba hermosas sandalias: no satisfecho aún, invitó á trasladarse á su casa, compartió con él su comida, y permitió que los cristianos fuesen á visitarle.

¡Cuán distinto es lo que antecede del formalismo occidental! pocas memorias de prisioneros europeos contendrían parecidas relaciones.

El P. Charrier esperaba ser pronto conducido al suplicio, cuando por orden del Rey fué trasladado á Hué. En esta capital debió comparecer ante otros magistrados, que le dirigieron iguales preguntas que los anteriores, á las cuales contestó con idénticas respuestas, que fueron recompensadas por el mismo número de golpes.

Al igual que los PP. Berneux y Galy, fué condenado á muerte sin determinar la fecha de la ejecución.

Dos Religiosos que misionaban la Cochinchina, los PP. Miche y Duclos, habían sido hechos prisioneros: los llevaron á Hué y reuniéronse con los tres misioneros del Tonkín Occidental.

El real Consejo instruyó su proceso, dictando sentencia de muerte que el Rey sancionó el día 3 de Diciembre, con orden, sin embargo, de diferir la ejecución.

Thieu-Tri, al igual que su padre en los postreros años de su vida, temía las justas represalias de las naciones europeas si mataba sacerdotes extranjeros.

Durante las incertidumbres del Rey, la corbeta francesa *Heroine*, mandada por Favin-Leveque, ancló en el puerto de Turane el día 25 de Febrero del 1843.

El Gobierno de Luis Felipe no había olvidado las promesas hechas en 1840 durante la permanencia en París de la embajada anamita, pero antes de comprometerse quería conocer bien el terreno que pisaba, y saber cuántas y cuáles declaraciones de los mandarines eran verídicas.

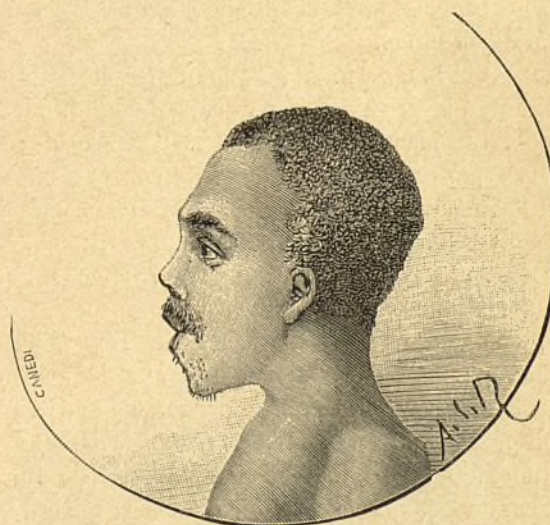
El comandante Leveque tenía, además, el encargo de establecer relaciones comerciales entre Francia y Cochinchina.

Siguiendo la añeja costumbre dióse principio á las negociaciones cambiando presentes y promesas de verdadera amistad; pero cuantas veces el capitán intentó tratar con los mandarines la cuestión comercial, éstos contestaron invariablemente: El Anam está muy lejos de la Francia, y ningún beneficio reportarían los comerciantes franceses importando sus productos, pues son los anamitas muy pobres y no los podrían comprar.

Difícil era contestar con mayor amabilidad, los mandarines confiaban poder de esta manera alejar el encargado de las negociaciones, que era cuanto ellos deseaban.

La duración de éstas dió lugar á un incidente.

Los marineros de la *Heroine*, que no debían resolver diplomáticas cuestiones, bajaban algunas veces á pasear por los alrededores de la costa. Un día observaron tras espeso matorral y medio cubierto por él un anamita que fijaba en ellos suplicantes miradas. Al verse descubierto hizo repetidas veces la señal de la cruz, y al propio tiempo puso el dedo sobre sus labios pidiendo silencio. Los marinos, hombres inteligentes, hicieron á



CABEZA DE OBONGO.—Negrillo del ALTO OGOWÉ

(Congo francés). (Pág. 204)



su vez la señal de la cruz é indicaron al indígena podía acercárseles sin temor.

Este continuó haciendo la señal de la cruz, y mirando siempre receloso á su alrededor, entregó una carta á los marineros.

El que la tomó, saltando acto seguido á la canoa, regresó á la corbeta.

La carta estaba dirigida al comandante de la *Heroine*, y firmada por el joven sacerdote de la Sociedad de Misiones Extranjeras P. Chamaisón. Daba cuenta de la prisión y condena á muerte de cinco misioneros, cuyos nombres y fecha de detención citaba.

Favin-Leveque, hombre enérgico y valiente, no pudo sufrir, dice él mismo en su relato al ministro, que cinco franceses fuesen muertos en presencia, puede decirse, de la bandera tricolor. Resolvió reclamarlos en nombre de Francia.

El mandarín con el cual solía sostener frecuentes conversaciones, protestaba reiteradamente del aprecio que el Rey tenía á los franceses.

A la primera entrevista celebrada después de recibida la carta del P. Chamaisón, el comandante interrumpió las acostumbradas protestas del anamita.

—Mentira, dijo. Hoy, en este preciso instante, cinco franceses arrastran cadenas en la prisión de Hué; todos han sufrido tormentos y todos están condenados á muerte. Pues bien, yo reclamo estos franceses como súbditos del Rey de Francia: quiero sean puestos en libertad, y ¡ay de ti si desoyes mi demanda!

El ultimatum estaba presentado, y desde luego quedaban interrumpidas las relaciones comerciales.

La *Heroine* permanecía en la rada de Turane cargados sus cañones, con el único fin de libertar los cinco sacerdotes católicos.

Temió el mandarín, pero recobrando su habitual sangre fría, atreviéndose á negar hubiese ningún misionero en las prisiones de Hué. Por toda contestación el comandante citó los nombres de los cautivos y la fecha de su prisión. El anamita tomó el prudente partido de callar, y prosiguió el comandante declarando exigía fueran los franceses sacados de la cárcel y trasladados á bordo de su navío.

Esta vez el mandarín se humilló. Como no era el más fuerte, creyó le precisaba ser el más humilde: garantizó al oficial la buena voluntad del Rey de Cochinchina, y le dijo esperara dos ó tres días, tiempo necesario para que llegara de Hué un magistrado superior, con el cual resolverían la cuestión. Llegó el magistrado, pero no de Hué: era el gobernador de la provincia, á quien el mandarín había comunicado su difícil situación. Perplejo quedó al oír las reclamaciones del comandante, y dijo que aquellos franceses eran reos de un crimen por el cual habían sido castigados en conformidad con las leyes de la nación. Pero Mr. Leveque insiste en que sean inmediatamente libertados, y advierte al mandarín que si no atiende su justa demanda, se dirigirá con su corbeta á la playa de Hué, y él y sus marineros sabrán llegar hasta el Rey y obligarle á hacer justicia.

Al mismo tiempo envió al gobernador una muy atenta y enérgica carta. Dirigida al primer ministro, pedía la libertad de los prisioneros. Aunque escrita por un marino, no por ello es extraña á nuestra Sociedad, pues salvó á cinco de sus sacerdotes, hela aquí:

*«El comandante de la corbeta de su majestad el Rey de los franceses, la HEROINE, á su excelencia el gran mandarín de Ong-Qué, suegro del rey de Cochinchina, primer ministro en Hué.»*

«Turane, 7 Marzo 1843.

«Señor:

«Cinco infelices, cinco franceses, agobiados bajo el peso de una condenación á muerte, permanecen dos años ha en las prisiones de Hué-Fo, y diariamente sufren los más horribles tormentos.

«Oyó la Francia sus gritos de dolor, y vengo yo en nombre de su majestad el Rey de los franceses, á reclamar su libertad para volverlos á su patria.

«Ya, y gracias sean dadas á Dios que dirige el pensamiento de los reyes igual que del más mísero mortal, ya su majestad el Rey de Cochinchina, justo y clemente, detuvo la espada del verdugo que debía cortar la cabeza á estos desventurados.

«Que Su Majestad se digne dar curso libre á sus generosos sentimientos. Obrando de esta manera evitará no sólo los funestos resultados de una posible ruptura con Francia, sino que atraerá sobre su reino y augusta persona, la gratitud y las bendiciones de todos los franceses.

«Vos, señor, que por vuestra dignidad estáis cerca del trono, y tenéis el honor de ser privado de Su Majestad, dignaos presentarle la causa de estos desgraciados: haciéndolo así contribuiréis á devolverlos á su patria, y prestaréis á la vuestra un señalado servicio.

«Recibid, señor, los sentimientos de mi alta consideración, con los cuales tengo el honor de ser humilde servidor vuestro.

«El Comandante de la corbeta del Rey de Francia la *Heroine*.

«FAVIN-LEVEQUE.»

El intérprete del comandante leyó en alta voz la traducción de la precedente carta. Levantóse el mandarín sin contestar palabra, y mostrando un crecido número de gallinas, bueyes y cerdos los ofreció á los franceses.

Aceptar aquellos presentes era aceptar la amistad del gobernador y acceder á sus deseos. Así lo comprendió Mr. Leveque, y resuelto á terminar la conferencia mandó á su intérprete contestara:

—Los oficiales de S. M. el Rey de Francia, sólo admiten presentes de Soberanos amigos ó aliados de Francia.

Y dirigiéndose á su Estado Mayor añadió:

—Señores, vámonos.

En Europa tales palabras todo lo hubieran echado á perder. En el Anam es muchas veces conveniente hablar recio, pues ello salva las más difíciles situaciones.

El mandarín y cuantos le acompañaban quedaron sorprendidos, y sus rostros reflejaban su profunda an-



siedad. Colocándose delante de los oficiales impedían se retiraran: el gobernador cogió la mano del comandante, suplicándole permaneciera y continuara la reunión. Este, cuya intención había sido simular una retirada, se detuvo, y dirigiéndose al intérprete añadió:

—Di al gobernador que acepto sus presentes, si él empeña su palabra de que mi carta será entregada al ministro.

Así lo prometió el gobernador, y buen cuidado tuvo en cumplir la palabra empeñada.

¿Qué sucedió en la corte? Lo ignoramos, pero podemos conjeturarlo por el resultado. Thieu-Tri temió, y el día 16 de Marzo el gobernador de Quang-Nam comunicó al comandante que acababa de recibir de Hué satisfactoria contestación.

Acto seguido desembarcaron éste y numerosos oficiales, siendo recibidos con extraordinario aparato de fuerzas. El gobernador entregó la carta del primer ministro, é indicó á los oficiales que podían dirigirse á la casa del mandarín de Turane, donde hallarían los cinco franceses.

«En aquel instante latía con desusada fuerza nuestro corazón, escribe uno de los oficiales de la *Heroine*, y profunda fué la emoción que experimentamos al ver en un ángulo de la sala cinco cochinchinos, ó mejor cinco hombres que vestían el traje de este pueblo, pero cuyas luengas y pobladas barbas nos hicieron conocer eran los queridos misioneros.

«Conmovidos hasta derramar lágrimas, estrecharon nuestras manos con gratitud profunda y sinceras muestras de verdadero afecto. Por fin veíamos á los Padres Berneux, Galy, Charrier, Miche y Duclos salvados del tormento y de la muerte por el bravo comandante.»

Mientras cambiábamos con estos heroicos y santos misioneros nuestras palabras de viva satisfacción, y ellos de gratitud por la bondad y energía y patriotismo desplegados por el comandante de la *Heroine*, quiso éste se tradujera la carta en presencia de los grandes mandarines.

Era ésta una á manera de memorandum dirigida á anamitas y franceses.

Para salvarse de la humillación Thieu-Tri explicaba á su manera lo sucedido: Sabedor, decía, el Rey de los franceses de los crímenes cometidos por cinco sacerdotes europeos, había enviado uno de sus oficiales á pedir al Rey de Cochinchina el perdón de aquéllos, y Su Majestad, siempre clemente, creyó deber concederlo, con la condición de que no reincidirían.

El comandante guardó la carta en el bolsillo, y sin contestar palabra y acompañado de aquellos cuya vida acababa de salvar, pasó entre la doble hilera de la guardia de honor y regresó al navío.

El siguiente día la *Heroine* abandonó Turane.

Hízose el buque á la mar, y acto seguido se presentaron los misioneros al comandante Leveque, suplicándole les permitiera desembarcar en un punto cualquiera de la costa. Negóse aquél, pues había prometido en nombre del Gobierno francés, que los europeos por él libertados no volverían jamás á la Cochinchina ni al Tonkín, y quería cumplir la empeñada palabra. Sin

embargo, al llegar á Singapore dejó al P. Duclos, cuya delicada salud le impedía continuar viajando, y al Padre Miche para acompañar y asistir al enfermo.

En Burbón quedó el P. Berneux, y como no pudiera arrancar del comandante permiso para regresar al Tonkín, se dirigió á Mandchuria, donde permaneció algunos años, al cabo de los cuales fué á Corea á recoger la palma del martirio, que logró el año 1866. Los Padres Charrier y Galy regresaron á Francia, siendo recibidos con religioso entusiasmo, que duró corto tiempo, pues regresaron á la Misión.

Tales fueron los accidentes del cautiverio y libertad de los cinco misioneros franceses, salvados de la muerte por el comandante Leveque.

Esta intervención de la marina francesa á favor de los misioneros del Extremo Oriente, la primera en el siglo XIX, está muy en relación con sus tradiciones de protectora de misioneros.

¿Por qué ha de admirarnos su conducta?

El marino lleva á través de los mares y á todas las playas el nombre y la bandera de su patria; y siempre en donde quiera que aborde halla al sacerdote, al obrero humilde y con asaz frecuencia despreciado de la fe católica, y también del engrandecimiento de la patria: es testigo de las transformaciones que logra con su trabajo asiduo; ve como trueca los salvajes en hombres civilizados, y de enemigos del extranjero los convierte en serviciales amigos: y al observar las analogías de la misión apostólica de aquél con su misión personal, tratan al apóstol como amigo, casi como compañero de armas.

La valerosa conducta del comandante Favín-Leveque en favor de los misioneros, mostró á muchos nuevos y vastos horizontes, haciendo concebir patrióticas y santas esperanzas. Los Consejos centrales de la Propagación de la Fe aconsejaron á los directores del Seminario de Misiones extranjeras, pidieran al Gobierno les protegiera con mayor eficacia y energía.

Al dar éstos las gracias al comandante manifestaron que no creían prudente seguir el camino que les indicaban, aun cuando ofreciera probabilidades de éxito.

«Honor, decían, al hombre generoso que procurando la libertad de nuestros misioneros, ha prestado un valioso servicio á la humanidad y á la Religión. Desde hoy jamás el nombre del Rey de los franceses resonará en vano en los oídos del tirano de Cochinchina, y siempre podrá proteger á los misioneros no ya de la Oceanía, sino también de muchos otros países. Nadie, empero, ignora que no es el temor á los tormentos ó á la muerte, lo que puede hacer amable á nuestros misioneros la citada protección. Tal vez, señores, nuestros amados confesores os habrán dicho como á nosotros dijeron, que los más hermosos días de su existencia son los pasados en las prisiones, con la dulce esperanza de al salir de ellas entregar sus cabezas al hacha del verdugo, y que si les devolvieran las rotas cadenas depositarían en ellas cien besos de amor. Hoy mismo, que felices se encuentran entre sus compatriotas, parece que todos sus pensamientos y afectos convergen á la patria adoptiva, donde una nave de calmosa marcha dentro de poco los volverá. Dejemos cuidar de ellos á la Providencia, y si el tirano anamita tiene aún sed de



sangre francesa, presto hará derramar cuanto corre por sus venas á estos jóvenes misioneros que en crecido número presurosos vuelan á ocupar las vacías plazas que dejaron aquellos que su espada decapitó.»

La antecedente admirable carta resume la cuestión: los misioneros estuvieron en todo tiempo prontos á morir por Dios. El valor nunca faltó á los cristianos: siempre la Iglesia crece y engrandécese entre fiera y violenta persecución: no debían, pues, admirarse ni temer. La intervención de la Francia, cuando la cristiandad del Anam no estaba amenazada de completa ruina, podía comprometer á los predicadores del Evangelio, ser causa de que en apariencia fuera justa la acusación que contra ellos lanzaban los paganos de ser espías y vanguardia de extranjeros ejércitos. Preciso era, pues, buscar una solución que salvara los intereses todos.

(Se continuará).

## \* LOS PIGMEOS \*

POR EL ILMO. LE ROY

OBISPO DE ALINDA, VICARIO APOSTÓLICO DE GABÓN, SUPERIOR GENERAL DE LA CONGREGACIÓN DEL ESPÍRITU SANTO Y DEL INMACULADO CORAZÓN DE MARÍA.

### IV.—CARACTERES FÍSICOS DE LOS NEGRILLOS

Cara.—Tronco.—Miembros.—Sentidos.—Mutilaciones étnicas.—Olor característico de los negrillos.—Constitución y enfermedades.—Resumen general.

EL prognatismo del negrillo es debido á lo muy salientes que en general son los maxilares: la boca es casi siempre gruesa: los labios, más delgados que los de muchos negros, son, sin embargo, salvo raras excepciones, alargados, como observó Strehweinfuth: al pie de la frente recta y estrecha nace la nariz, formando ligera prominencia y resultando siempre horriblemente chata. Este es uno de los rasgos característicos de la fisonomía.

Tiene las cejas muy pobladas, más pobladas y unidas que las de los restantes negros, siendo éste otro de los caracteres distintivos.

Los ojos son, según el color de los negrillos, pequeños, negros, picarescos y brillantes ó rojizos, gruesos, amables, con cierta expresión de tímida dulzura que recuerda los de la gacela...

El ojo oblicuo y pequeño de los bushmen no se observa de ordinario en los negrillos, pero sí algo variado en los restantes negros, muy especialmente en los mpawins. Quizás este carácter de los bushmen proceda de haberse mezclado con hotentotes.

Nada diré de los dientes: salientes y oblicuos como los de los demás negros, son blancos y sanos á pesar de que pareceme no cuidan de ellos con la meticulosa solicitud propia de la casi totalidad de las tribus africanas.



TRAJES AINOS.—Vistos de espalda. (Pág. 208)

La mandíbula superior presenta repetidas veces un carácter especial: particularmente en los niños está formada de suerte que el labio en vez de saliente es abultado y entrante.

Otros hay cuyos labios son tan prolongados que el que los posee no puede cerrar totalmente la boca, siéndole por consiguiente imposible callar durante su tranquilo ó intranquilo sueño. Puede verse lo dicho en el perfil del obongo que reproduzco á continuación.

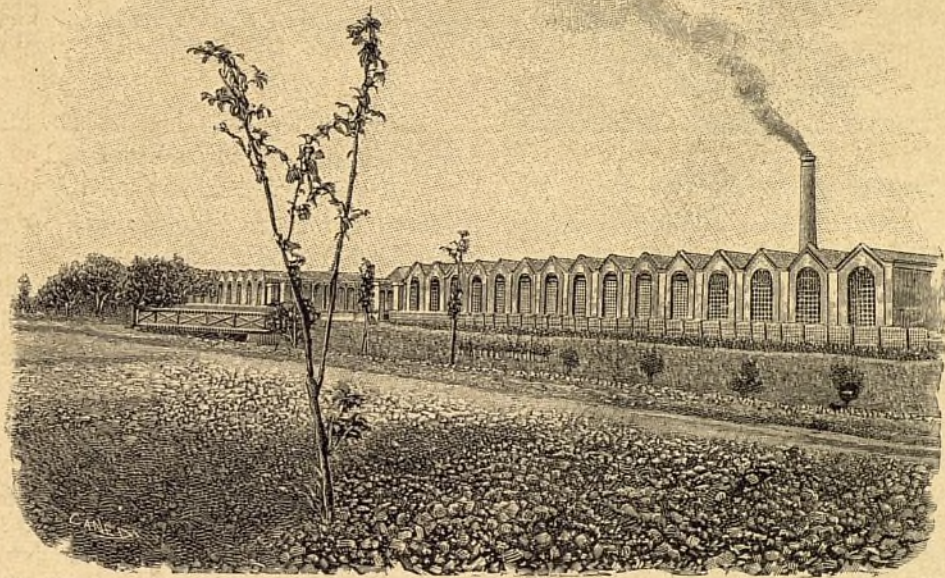


OBONGO

Son las orejas unas veces pequeñas y bellas y otras largas y bien formadas, observándose generalmente las últimas en aquellos cuya piel es de color más claro. «Mirad, decíame al visitar los be-ku mi guía, un mpawin farsante y bufón, parecen las orejas de un chimpancé.»

Nada debo decir de las orejas movibles que tantas





Yeso (Japón).—Hilandería de cáñamo en Sapporo. (Pág. 209)

veces se ha escrito tienen los negros: es una invención pueril.

El tronco es fuerte y bien formado, y no acierto á comprender por qué Schweinfurth llama la atención sobre la curva dorsal de su «nserwé,» curva que he observado, y paréceme no sería justo aceptar como general esta conformación accidental. Viven entre nosotros muchos jorobados, y si una hermosa mañana de primavera vistiéramos á todos los franceses con el ligero traje de los negrillos, muy de temer es que de la comparación que podría establecerse no habíamos de salir muy bien librados.

El antebrazo es notable por su longitud. El de los europeos llega aproximadamente hasta la mitad del muslo, y el de los negrillos es algo más largo, pero sin llegar jamás á la rodilla. Tienen los dedos largos, muy finos y perfectamente separados.

Por el contrario, las piernas son generalmente cortas comparadas con el resto del cuerpo. El tobillo está escasamente desarrollado, y su altura se presenta igual que en todos los negros; no tiene el tacón la prolongación exagerada que otros han pretendido atribuirle; el pie es relativamente grueso, pero corto, contribuyendo no poco en hacerlo parecer más grueso la en general extremada delgadez de su garganta. La planta del pie es cóncava, al igual que la de todos los grandes andarines,



Yeso (Japón).—Dependencias de la Escuela de Agricultura de Sapporo



y por las huellas puede reconocerse el paso de un negrillo.

Nada anormal ofrecen los dedos del pie, bien que el pulgar se separa sensiblemente de los demás. Fácil nos será comprender el por qué de dicha diferencia, comparando una población donde desde niños siempre se usen zapatos, y una tribu cuyos miembros cruzan, desnudos los pies, bosques extensos, mal trazados senderos, pisando siempre raíces y piedras.

Además son en general los negrillos intrépidos trepadores: les obliga á ejercitarse en ello la miel salvaje que buscan á las altas copas de los árboles. Para esta operación, que describiré más adelante, se sirven no poco del dedo pulgar, que apoyan en las enradaderas que suben fuertemente unidas al tronco: nada de particular tiene, pues, que por la repetición de este ejercicio, igual al que hacen para elevarse á las más altas rocas, este dedo del pie adquiera mayor separación y movilidad que entre los demás negros. Pero cuanto los viajeros han dicho afirmando que el dedo mayor es oponible como el pulgar de la mano, no demuestra otra cosa que sus deseos de bromear un rato y hacer disertar á los sabios. Ciertamente es que repetidas veces, y muy especialmente cuando tienen llenas las manos ó cuando no quieren inclinarse, acostumbran servirse del pulgar del pie para recoger del suelo algún objeto ó como auxiliar para hilar, mal coser un delantal ó trenzar una cuerda. Pero si los europeos dejaran de aprisionar sus pies en muchas veces estrechos zapatos, poco habrían de tardar, y sin menester largos ejercicios, en hacer lo mismo que los negrillos hacen. He tenido ocasión de presenciar un caso. El hombre se sirve de cuanto puede servirse, y la razón es precisamente porque es hombre.

Pasa el negrillo la vida en el bosque, y éste es su verdadera casa. Admiración causa la delicadeza de sus sentidos, y notable es la habilidad con que se esconde ó corre por las selvas inmensas y anda por todas partes sin menester camino, en grado tal, que es común creencia de todos los indígenas vecinos que el negrillo puede cuando quiere hacerse invisible. Nadie mejor que él conoce las huellas de los animales y si son ó no son recientes, y nadie mejor que él sabe conocerlos por el hedor que á su paso dejaron. No sólo conoce qué animal pasó y cuando pasó, sino que distingue también las huellas del hombre, y sabe por la forma de la misma á qué individuo del pueblo ó de los pueblos vecinos corresponden.

Cuando muchos van de camino acostumbran andar uno tras otro, y ponen todos el pie en las huellas que dejó el primero: de este modo pasa toda una familia sin dejar más huella que si hubiera pasado un hombre solo. No ser visto de nadie, hombres ni bestias, y verlos á todos, es la regla que observa el negrillo en sus marchas á través de los bosques. Además esta costumbre tiene por fin salvar á los que marchan detrás de las fatigas que reporta el abrirse camino. El padre va delante, sigue la familia, y cuando obligado por el cansancio debe aquél cambiar de sitio, es el primogénito quien ocupa el primer lugar, y así sucesivamente.

Sus oídos observan atentos al ruido más imperceptible: su escrutadora mirada distingue en el más espeso

matorral la perseguida bestia, y logran acercarse al elefante y clavarle una lanza al costado.

Dan muestra de su asombrosa agilidad en las danzas y pantomimas, diversión de que gustan mucho, son afa- mados maestros y por la cual se les conoce universal- mente.

La mayor parte de los pueblos africanos acostum- bran pintarse el cuerpo ó someterlo á ciertas mutilacio- nes llamadas étnicas, tan variables como acierte á ima- ginarse la humana fantasía: así, por ejemplo, son unas veces señales características de la tribu, otras indican el número de los grandes animales que mataron, otras señal de religiosa iniciación ó resto de ceremonia que les da el derecho de comer determinados manjares de los que el vulgo no puede usar; algunas son á manera de escritura jeroglífica grabada en la humana piel, y cuyo significado es para muchos olvidado ó desconoci- do; finalmente son también variados adornos...

Dije anteriormente que los a-bongos que vi en la casa de Beya, jefe de los ba-kande, hacían caer las cejas sirviéndose de un tópico especial. Esta costumbre no es general: de ellos la ha tomado la tribu en que vi- ven, pero parece desconocida de los restantes ne- grillos.

Entre éstos no he visto ni cicatrices étnicas ni ta- tuaje: ¿serían quizás de época anterior á la suya estos ensayos de escritura? Farini dice que los pequeños mkabba del lago Ngami tenían mejillas y espaldas pin- tadas de líneas rectas de color azul. Y añade: «Todos, aun los niños de pecho que llevan las mujeres, tienen amputada la última falange del dedo meñique de ambas manos: es la señal característica de la tribu (1).»

Nada semejante he visto en los demás negrillos; pe- ro no sin asombro oí de labios de un viajero indígena del Fernán Vaz, que había comerciado y vivido accidental- mente entre los ba-bongo del valle del Alto-Ogowé, el siguiente relato: «Cuando, decía, muere el primogéni- to, cortan una falange del dedo meñique á cuantos ni- ños nacen después...»

Quizás sea esto recuerdo de antigua costumbre con- servada por los mkabba y perdida en los restantes pueblos.

No es este signo el único que coloca este grupo y sus vecinos entre los negrillos primitivos. Caracterízase también por no practicar la circuncisión. Se circuncidan casi todos los restantes pueblos del Africa Oriental, Central y Occidental, práctica que en apariencia han to- mado de los pueblos vecinos: á lo menos así lo afirman á cuantos se lo preguntan.

No he visto ningún negrillo excesivamente delgado ni tampoco los he visto excesivamente gordos. Sin em- bargo, como anteriormente tuve ocasión de observar, existen cinco ó seis especies, en Fernán Vaz y en sus alrededores, del tipo amarillo, que llamaron especial- mente mi atención por su notable tendencia á la poly- sarcia en la parte superior del pecho, y también á un especie de steatopygia. Tuve ocasión de ver notable

(1) Farini. *Tour du Monde*.



ejemplo de ello en cierto Adumbuana. ¿Será otra de las muchas relaciones que los unen con los bushmen, ó es un efecto producido en idénticos organismos por causa general? Los fisiólogos tienen la palabra: pero curioso es ver, especialmente en las regiones cálidas y desiertas, estas acumulaciones de grasa, reservada para los días malos, que presentan carneros, bueyes, camellos y también los hombres. Así por idéntico principio de previsión, en los desiertos muchas plantas están provistas de válvulas especiales donde se conserva la frescura y la vida, y dan á la planta posibilidad de mantenerse lozana, florecer y fructificar en tanto á su alrededor se extiende el desierto árido, triste imperio de la muerte...

Debemos consignar el último de los caracteres que los negros vulgares se complacen atribuyendo á los negrillos: su olor. Pregunté un día á un mpawin si él ó los hombres de su tribu solían alguna vez casarse con las mujeres de esta pequeña raza que elogiaba.

—No, contestó resueltamente.

—¿Por qué?

—Porque exhalan insoportable hedor.

—¡Ah! ¿Acostumbran quizás á frotarse el cuerpo con aceite ó grasa?

—No. Dios es quien las hizo como son. Huelan mal por naturaleza, sin culpa suya...

Sí, el disgustado mpawin decía verdad. El negrillo exhala naturalmente un hedor característico: Dios es quien lo creó así.

¿Son los negrillos de constitución endeble y están sujetos á enfermedades? Parece que no. Acostumbrados de niños á correr por los bosques y á resistir las intemperancias todas, duermen en cualquier parte, comen cuanto comestible hallan, y sólo ellos pueden llevar impunemente esta manera de vivir. Abundan entre ellos los ancianos. Conocen varios específicos y curan las afecciones vulgares. Entre ellos la fiebre, de la cual no puede librarse ninguno, no presenta los caracteres malignos y pertinaces con que en Europa la conocemos. Contra el reuma y demás dolores locales emplean las ventosas y las incisiones. Pero si las viruelas atacan á alguno de estos desgraciados hijos de la selva, como hicieron poco ha en uno de sus campamentos de Fernán Vaz, sus efectos son horribles.

No observé entre ellos ni malignas llagas, ni enfermedades de la piel, ni empeines, tan comunes en estos países, ni esta enfermedad misteriosa del sueño que extiéndose en la actualidad desde el Senegal hasta el Ogowé y el Congo.

Cuando, muy separados los distintos grupos, deben los negrillos casarse entre sí sin poder recurrir á otros campamentos vecinos, parece pierden su resistencia, y al breve tiempo son aniquilados por enfermedades.

Desconocen la tisis y las enfermedades sifilíticas. La importación de estas últimas en el interior del Africa es muy reciente: son uno de los recuerdos dejados por los exploradores musulmanes del Senegal, Sudán y Zanzíbar á las regiones salvajes donde llevan *la luz de*

*la civilización*. Sabido es que en el Africa la mayor parte de la civilización musulmana es esto...

Tal me pareció el tipo de los negrillos en los varios campamentos que pude visitar. Comparémoslo para terminar con el bosquejo que del mismo nos ha legado Pablo Crampel: veremos que ambos coinciden perfectamente, y leyendo el retrato de los pigmeos, que equivocadamente llama ba-yaga, creemos leer cuanto antecede.

«En lo físico, dice, observaremos completa divergencia entre los bayagas y los m'fans.

«Son los bayagas, enanos, comparados con los m'fans, cuya talla alcanza varias veces 1'75 y 1'80 m.: considerando su altura, cuyo término medio he hallado ser de 1'40 m., decimos que son hombres pequeños, gordos, rechonchos, bien proporcionados y musculosos. El color de su piel es moreno amarillento; el vello se desarrolla en todo su cuerpo. Los detalles físicos que al verlos se observa con mayor facilidad son: prominentes y á la par pobladas cejas, entre las cuales no existe sucesión de continuidad, y la prominencia de los pómulos. Vista de perfil, obsérvese que la nariz describe generalmente una línea curva en forma de codo; vista de frente, parece ser larga y bajar hasta la boca. El cuello es muy corto, altas las espaldas, el pecho largo, prominente, fuerte el brazo y gruesa la muñeca: las piernas son carnosas. Es notable la salida del tacón, y gruesa la garganta del pie.

«Un carácter fisionómico predomina entre todos los demás; es su habitual expresión de miedo, de terror, que hace que cuando se contempla á los bayagas permanezcan baja la cabeza y temblando al parecer. Sin embargo, deben ser muy curiosos, pues siempre que hallándome entre ellos volvía la cabeza sorprendía todas las miradas fijas en mí (1).»

(Se continuará).

## Un Verano en el Japón Boreal

### JAPONESES Y AINOS EN LA ISLA DE YESO (HOKKAIDO)

POR EL P. MIGUEL RIBAUD, DE LA SOCIEDAD DE MISIONES EXTRANJERAS, MISIONERO DE LA DIÓCESIS DE HAKODATÉ

*Sapporo, capital del Yeso*

#### III

ENCONTRÁMONOS en apariencia al centro de salvaje país. Cuantos objetos tienen relación con el pueblo aino vense coleccionados con paciente cuidado. En primer término una pequeña choza aina pacientemente reproducida. A continuación múltiples y variados vestidos, de los cuales los más valiosos están

(1) Harry Alis. *De la conquete du Tchad*.



cubiertos de adornos, predominando entre todos la cruz. (Vease el grabado, pág. 000). Su corte es parecido al del traje nacional japonés. Los tejen con hilos de la corteza del fresno, sacada de los árboles al empezar la primavera. La echan al agua para reblandecerla. Cuando ha permanecido en ella el debido tiempo la despojan de la envoltura exterior, y las fibras corticales internas, separadas una á una, son las que como hilo emplean. Los variados dibujos con que las mujeres ainas gustan adornar sus vestidos están bordados con algodón de múltiples colores que compran á los japoneses. Los dibujos del traje de los hombres difieren de los que enriquecen el de las mujeres. A pesar de que ambos trajes tienen forma exactamente igual, nunca una mujer se atreverá á vestir el de su esposo. Si infringiera esta costumbre incurriría en el desprecio de todo el pueblo.

Vense también collares de múltiples clases, pendientes, adorno de que gustan mucho los ainos; cucharas de madera toscamente labradas, flechas y arcos de todos tamaños.

Entramos en la Sección de alfarería antigua y objetos de sílex, Sección que nos traslada á la edad de piedra, y que indudablemente es la más importante de cuantas guarda el segundo piso.

Mucho se ha discutido el pueblo que labró estos cuchillos de sílex, flechas de piedra (*yanone*), martillos y pedazos de vajillas de barro hallados en el Yeso.

No conservan los ainos recuerdo alguno de haber usado ó construido tales instrumentos. Los sílex y los numerosos hoyos (*koropok guri*) que aun hoy día vense diseminados por toda la superficie del Yeso, los cuales en remotos tiempos debieron ser cubiertos y habitados por otro pueblo distinto del aino, parecen indicar existió en el Japón una raza aborígena cuyos restos son quizá los que pueblan la pequeña isla de Licktan, la primera de las Kuriles. A esta raza primitiva debemos atribuir los sílex y antiguos trabajos de alfarería. Sin embargo, cuanto se diga sobre este punto no excede de mera conjetura.

Presentan los sílex variadas formas: puntas de lanza, hachas cortas, cuchillos pacientemente tallados. Adornan los conservados pedazos de alfarería algunos dibujos, casi borrados por la destructora acción del tiempo, que indican en el artista cierto gusto decorativo.

Contiene además esta sala múltiples y variados aparatos para la pesca.

No podemos permanecer por más tiempo entre tantas curiosidades científicas.

Salimos del rico Museo encantados de su organización, propiedad y buena conservación. Sólo una cosa deja algo que desear, y es que buscando el efecto estético olvidaron el orden lógico. Preferible sería hubiera prevalecido éste, y entonces los mamíferos ocuparían una sala, otra los pájaros, otra los peces, clasificados todos por géneros, familias y especies.

Al regresar escondióse ya el sol tras los montes, obligándonos á tomar el camino más breve de cuantos conducen al *Dacho*, el mejor monumento de cuantos enriquecen Sapporo. (Vease el grabado de la pág. 193).

Este edificio, construido de ladrillos rojos y según el moderno estilo, sin mezcla de gusto japonés, costó al Gobierno un millón de dollars. Su emplazamiento ocupa 550 *trubos* (1) (unos 2,000 metros cuadrados). Desde la grande avenida donde nos hallamos produce encantador golpe de vista. La doble hilera de altas ventanas, el esbelto pórtico que cobija triple escalera, los dos cuerpos de edificio, su imponente cúpula, todo proporcionado, elegante, ofrecen hermoso aspecto de grandeza y solidez. Monumento es digno de figurar en las más hermosas calles de las populosas ciudades europeas.

#### IV

10 de Junio.

Al extremo de la ciudad está situado el *Kio-shin-kivai*, que contiene los restos de la Exposición Agrícola é Industrial de Sapporo (1892).

Recorremos la *Minami machi* (avenida central). En la ciudad se observa desusada alegría y animación. El sol, que no logró los precedentes días vencer al frío, empezaba á calentarnos con más ardientes rayos. Grupos de niños se recreaban tomando baños en las claras aguas del canal que corre por esta parte de la población, no encerrado entre paredes, sino entre hermosas riberas ombreadas de altos sauces. Estos barrios extremos tienen el sello característico de Nippón: bajas y rústicas casas: muchas tiendas con multicolores rótulos cubiertos de inscripciones chinas.

Hoy, anunciando fiesta, ondea por todas partes la bandera japonesa: sol encarnado sobre fondo azul. Pasean por las calles soldados de la milicia colonial, vestidos con alemanes trajes. Grupos de curiosos permanecen ante las tiendas de objetos de lance. Todos en apariencia sólo buscan matar el tiempo.

El parque en que acabamos de entrar tiene el sello majestuoso de nuestros hermosos jardines, donde las generaciones una tras otra van á solazarse, á respirar el puro aire de los bosques, imaginando encontrarse en vasta campiña, lejana de las grandes ciudades. Pero entre nosotros los parques son artificiales, y todos sabemos que su alto arbolado fué plantado por mano de hombre uno ó dos siglos antes. Aquí muy al contrario; nacen espontáneamente. Sólo es menester cortar para abrir las soberbias avenidas cuyos árboles gigantes, enlazados formando góticas arcadas, quizá no presentan regular alineación, pero cuanto bajo este aspecto pueda faltarles, lo compensa con creces el grato placer de contemplar la naturaleza potente en su primitivo estado, y sojuzgada por el hombre hasta convertirla en lugar de descanso y ameno paseo.

Hemos llegado al sitio que ocupó la Exposición. Quedan en pie sólo dos ó tres edificios de buen gusto, que divisamos entre el espeso follaje. Ante ellos se extienden dos lagos, cuyas aguas riza apenas la brisa ligera del anochecer: los alimenta un canal desviado del *To-yoshira*, el río de Sapporo. Junto á ellos y mirándose coquetuelas en sus tersas aguas levántanse las casas de tomar té, construidas varias de ellas sobre estacas, den-

(1) El *trubo* es un cuadrado cuyos lados miden 182 m.



tro del lago, á imitación de las antiguas ciudades lacustres. (V. el grabado de esta página). El lago tiene en su centro un islote cuya caprichosa forma recuerda la de un junco japonés, avanzando alta la quilla entre olas inquietas. Levántase en él una cabaña de madera. Hoy, parcialmente arruinada, desde la orilla se ven las blancas esteras del interior suspendidas del techo, pinturas representando dragones y japonesas fantasías.

Hacia el Sud, tras los edificios de la Exposición, levántanse varios sotechados parecidos á cocheras, y tras ellas una barrera: es el hipódromo.

Brillan los postreros rayos del sol y nos permiten divisar cinco cimas de la cadena de montañas de Sapporo, cimas más vagas cuanto más lejanas, y de las cuales la última, cubierta por la niebla gris, confúndese con el horizonte azul.

Muy concurridos estaban los jardines. Paseaban por ellos soldados, caballeros y familias luciendo sus trajes domingueros.

Por los pequeños lagos deslízanse ligeras varias embarcaciones, que unas veces se reflejan en las aguas quietas, limpias, y otras desaparecen en las riberas sombrías.

Regresamos siguiendo el curso del Toyoshira, que libre corre describiendo caprichosas curvas y regando vastas y pintorescas orillas. Nos encontramos al Sud de la ciudad. Tierras incultas y abandonadas. Algunas miserables chozas perdidas entre altas hierbas y bosquecillos de sauces. Creería hallarme en poco menos que deshabitada tierra á no ser por las altas chimeneas que coronadas por negros penachos de humo me recuerdan la proximidad de la ciudad grande.

Por el camino que seguíamos hallamos un matrimonio aino, miserables, andrajosos y cargados con haces de leña. El hombre tenía cortada la nariz, mutilación que indica haber sido aquel aino expulsado de su pueblo por haber reincidido en el robo. Esta deformidad es

el castigo de su delito. Jamás podrá regresar á su tribu. Perpetuo destierro que contribuye á hacer más amargo la proximidad de la civilización.

## V

11 Junio.

La hilandería del cáñamo es sin duda el mejor establecimiento industrial de Sapporo. (Vease el grabado de la pág. 205). Su instalación nada tiene que envidiar á las mejores hilanderías de Roubaix y Valenciennes.

Al visitar el establecimiento admira su perfecta y completa organización, y sorprende hallarla tal en tan remotas regiones.

Sus máquinas, las más modernas y perfeccionadas, son de importación francesa. En plancha unida al gigantesco volante que mueve este mecanismo inmenso léese: *Maison Warker. Lille.*

(Continuará).



## Por una flor

(Continuación)

ESTÁIS acusado de conspirar contra la República en la persona de su representante, dijo Carrier; tomasteis parte en un plan contra mi propia vida.

El joven tornó hacia el orador el más franco y tranquilo par de ojos, y contestó en el tono de mayor calma.

—¡Enrique! interrumpió una suplicante y adolorida voz de mujer.

Carrier lanzó una feroz mirada á su alrededor, y Enrique de Kergouet fué inmediatamente quitado de su presencia. Dos mujeres comparecieron luego ante el juez, quien preguntó á la mayor de ellas:

—¿Sois la madre de ese joven?

—Sí, señor; yo soy, y esta muchacha es su hermana.

—¡Vuestro nombre!

—Yolande de Clairville, marquesa de Kergouet.

El juez clavó por un momento fijamente los ojos en la acusada, y declaró terminada la investigación, añadiendo secamente:

—Condenados á muerte, todos tres.

Los infelices sentenciados eran entonces conducidos de nuevo



JAPÓN.—Restos de la gran Exposición de Sapporo.



á sus oscuros calabozos, y á las nueve de la noche principiaban las ejecuciones. A aquellos infortunados, atados fuertemente de dos en dos, se les arrojaba dentro de un bote que, con la ayuda de dos remos, se apartaba de la orilla hasta la mitad del río. Allí eran prontamente despachados por medio de una espada ó de una bayoneta.

Sus ensangrentados cuerpos eran en seguida arrojados al agua.

Aquel método, tan terrible como expeditivo, pronto pareció á Carrier muy dispendioso, y había, por consiguiente, optado por el aún más rápido de sacar sus víctimas hasta una cantera vecina, en donde se les fusilaba en montón, como á perros.

La marquesa de Kergouet y sus dos hijos aguardaban en silencio el momento supremo, cuando de repente entró á la celda el carcelero y ordenó á la joven que lo siguiera.

—¿Y por qué nos han de separar? exclamó la madre.

—¡Orden del ciudadano Carrier! replicó el hombre. ¡Vamos, vamos!

Después de un estrecho y prolongado abrazo acompañado de torrentes de lágrimas, la muchacha se separó de su madre y su hermano, siguió al carcelero, quien la condujo de nuevo á presencia del feroz procónsul. Este la miró fijamente, y, así que estuvieron solos, le preguntó en tono pausado:

—¿Cómo os llamáis!

—Yvonne de Kergouet.

—¿Amáis mucho á vuestra madre?

—¡Oh, mucho, señor! balbuceó la pobre muchacha, temblando de terror.

—Y á vuestro hermano... ¿qué haríais por salvarle la vida?

—¡Daría por ello, con mucho gusto, mi propia vida! exclamó la infeliz.

—No quiero vuestra vida, pero sí vuestro silencio. ¿Qué edad tenéis?

—Dieciséis años, señor.

—A esa edad aún no se ha aprendido á mentir. Escuchad bien lo que os quiero decir: aquí está una carta que voy á confiárosela, con la condición de que me prometáis no abrirla hasta esta noche á las doce. Aún más: no debéis hablar de tal carta á nadie; oídlo bien, á nadie. ¿Lo prometéis? Muy bien; eso es todo.

La aterrada joven tomó la carta, la escondió en su seno, y fué de nuevo conducida á su calabozo.

Antes de que ella tuviese tiempo de contestar á las ansiosas preguntas con que su angustiada madre y su hermano la recibieron, apareció á la puerta del calabozo un hombre con una pistola en la mano. Hizo á todos tres seña de que lo siguiesen, y los condujo fuera de la prisión. Luego, después de imponerles el más estricto silencio, dió su brazo á Yvonne, mientras que en el de Enrique de Kergouet se apoyaba la delgada y temblorosa forma de su madre.

Pocos minutos tardó aquel pequeño grupo en llegar á la orilla del río, después de atravesar algunas oscuras callejuelas de la ciudad.

Los tres realistas comprendieron fácilmente que ha-

bían llegado al sitio en donde habían tenido lugar las numerosas ejecuciones de aquel día.

El hombre que los conducía dió una seña, y al punto apareció de entre la bruma del río otro hombre que venía en un bote.

—Entrad, dijo éste en voz baja, y tan pronto como las dos mujeres y sus acompañantes estuvieron sentados, el bote, impulsado por vigoroso par de remos, se apartó rápida y silenciosa hacia el centro del río.

—Ten valor, querida hermanita, murmuró Enrique estrechando á ésta sobre su corazón.

Todos tres esperaron con calma y resignación la llegada del momento terrible. En pocos instantes todos los sucesos de sus vidas parecieron agolpárseles; desde los recuerdos de la infancia hasta las últimas penalidades del cautiverio.

Poco á poco fueron distinguiendo, á alguna distancia, la silueta de un buque, débilmente dibujada sobre el oscuro cielo de esa fría noche. El bote llevaba la dirección hacia aquel buque, que de momento en momento se distinguía mejor.

El natural aturdimiento de tan terrible situación no les dejó comprender claramente cómo ni cuándo subieron á bordo de aquel buque. El hecho es que allí se encontraron, á tiempo que el bote que los había conducido regresaba, con la mayor rapidez, hacia tierra, llevando al hombre que desde la prisión había venido con ellos.

—¿Qué significa esto? preguntó Enrique, después de una larga pausa motivada por la extrañeza de los sucesos.

—Qué estáis todos salvados, contestó el capitán del buque.

—¿Salvados? ¿Cómo? ¿Por quién?

—Eso es más de lo que yo pueda deciros, señora. Todo cuanto yo sé sobre el asunto es que hace unas pocas horas recibí una gran suma de dinero y una orden para que aquí esperase la llegada de tres pasajeros que desean ir á Inglaterra. La orden vino acompañada de un salvoconducto firmado por el procónsul Carrier. En pocos días, si logramos buen viento, avistaremos las costas inglesas.

Los que formaban aquella pequeña familia de fugitivos, incapaces de comprender lo que les estaba pasando, se miraban unos á otros con el mayor asombro. La señora Kergouet, instintivamente, cayó de rodillas, y principió á orar en acción de gracias.

—¿Quién podrá ser nuestro salvador?

Al oír esto, Yvonne preguntó repentinamente al capitán qué hora era.

—Acaban de dar las doce de la noche, señorita, contestó aquél.

La joven, con la mayor prisa, sacó de su seno la carta que había recibido, rompió la cubierta, y leyó el primer renglón:

«A la señorita Yolande de Clairville.»

—Es para ti, madre mía, dijo Yvonne entregándole el papel; pero la marquesa la puso en manos de su hijo para que éste la leyera en alta voz.

La carta decía así:

«Hace veinte años, el mismo día de vuestras bodas, colocasteis una flor de las de vuestro ramillete de novia



sobre el humilde ataúd de mi hija. Ella tenía entonces dieciséis años. Deseo pagar esa deuda de gratitud, y hoy, en retorno, os doy la vida de tres personas.—*Cærier.*»

ARTHUR DOURLIAC.

## El sitio de Viena (1)

EN lo alto de su nido, entre las rocas, un halcón está en acecho: registra la campiña, tan lejos como alcanza su vista penetrante; mira hacia el Este, mira hacia el Oeste, al Norte, al Mediodía; en todas direcciones.

Es el conde de Starhemberg, sobre la torre de San Esteban. Desde ella no ve sino turcos; siempre los turcos, que se precipitan como una avalancha por todas partes.

Al verlos, lleno de indignación y de dolor: «¡Dios mío, exclama, cuán grande es nuestra desgracia! Ayudadnos, ó vamos á ser el juguete de la ferocidad de los musulmanes!

«Yo plantaré, Señor, el estandarte sagrado de la cruz sobre la torre de San Esteban: si vacila, todos los cristianos sabrán que estamos á punto de perecer.

«Y si al fin cae, haced ¡Dios mío! que el estandarte de la torre de San Esteban envuelva como un sudario el cuerpo de Starhemberg libre, entre sus pliegues.»

—¡Por Allah! grita el Sultán á Starhemberg, quitad ese estandarte de la torre de San Esteban, para que ponga en ella la media luna.

«Yo vengo á hacer de Viena una ciudad turca; de San Esteban una mezquita: yo arrancaré al hijo de los brazos de su madre, al hermano de los de su hermano.»

Corto fué el diálogo entre el Sultán y Starhemberg; porque á seguida la voz de bronce de los cañones comenzó airada el himno de los combates.

¡Ah! Esteban, santo hombre de Dios, tú que fuiste en otro tiempo víctima de los enemigos del Señor, mira como tu casa se agrieta y desmorona con sus golpes!...

Y ahora, ¡oh Viena! tu mejor escudo es el pecho de Starhemberg: ¡qué tajos da con su temible espada! ¡con qué alegría la esgrime sin cesar contra los infieles!

A su lado se ve á Kolonitz, un obispo que arde en

amor de Dios: su mano caritativa derrama el bálsamo sobre las heridas de los héroes...

Sesenta días han pasado desde que el estandarte de la cruz flota sobre la torre de San Esteban: con su mano firme y leal, Starhemberg lo sostiene siempre en ella.

Mas ¡ay! el signo de la redención comienza á vacilar sobre la torre de San Esteban! ¿Qué puede un héroe solo contra mil enemigos que lo acosan?

Vacila, sí, y se inclina y se rasga el estandarte de la cruz sobre la torre de San Esteban: «¡Ayudadme, Dios mío! exclama Starhemberg, porque no puedo ya sostenerlo!...»

El turco lleno de orgullo grita: «¡Allah, allah! Viena es nuestra, y mío es el trono de sus emperadores...»

De pronto resuena á lo lejos el confuso clamoreo de cuernos y trompetas; y con sus voces penetrantes resuena también este grito de guerra: «Valor, Kolonitz! ¡valor, Starhemberg!»

Resuena tan claro este grito, resuena tan alegre, que se diría que invita á los sitiados al torneo ó al festín. Es la caballería alemana del Elba, del Mein y del Rhin, que llega apresuradamente.

Resuena este grito, y resuena tan fuerte y amenazador, como la tempestad que ruge entre las rocas. Son los héroes de Antioco, es el león de Baviera que acude.

Resuena como las olas que se rompen con estruendo sobre la playa: es Sobieski, que acude con los suyos; Sobieski, el príncipe de Polonia, el héroe entre los héroes!

En su furor, el turco se arranca los cabellos; y en su odiosa sed de venganza, manda pasar á cuchillo todos sus prisioneros.

¡Adelante, adelante, guerreros, pronto! Empeñad la terrible batalla que ha de salvar la cristiandad: ¡su libertad es el premio del combate!

Semejante al huracán que todo lo arrolla, el ejército de los cristianos avanza inflamado en santo ardor: todo él se precipita á un tiempo sobre los turcos, como un rayo lanzado por la mano del mismo Dios.

El duque de Lorena comienza el primero el combate; los polacos llegan á seguida tras de él. ¡Ah! ¡quién podría contar los héroes que se inmortalizaron en aquella gloriosa jornada!...

Los turcos al principio resisten con valor; mas pronto vuelven la espalda, y acosados por todas partes, sus huestes innumerables se desvanecen como el humo.

El valle del Danubio se convierte entonces en un campo fúnebre; en él rueda el orgullo musulmán por el polvo; en él encuentran los sitiadores su tumba...

Al son de los címbalos y de las trompetas, al son de cánticos de fiesta, el ejército de los cristianos entra victorioso en Viena libertada.

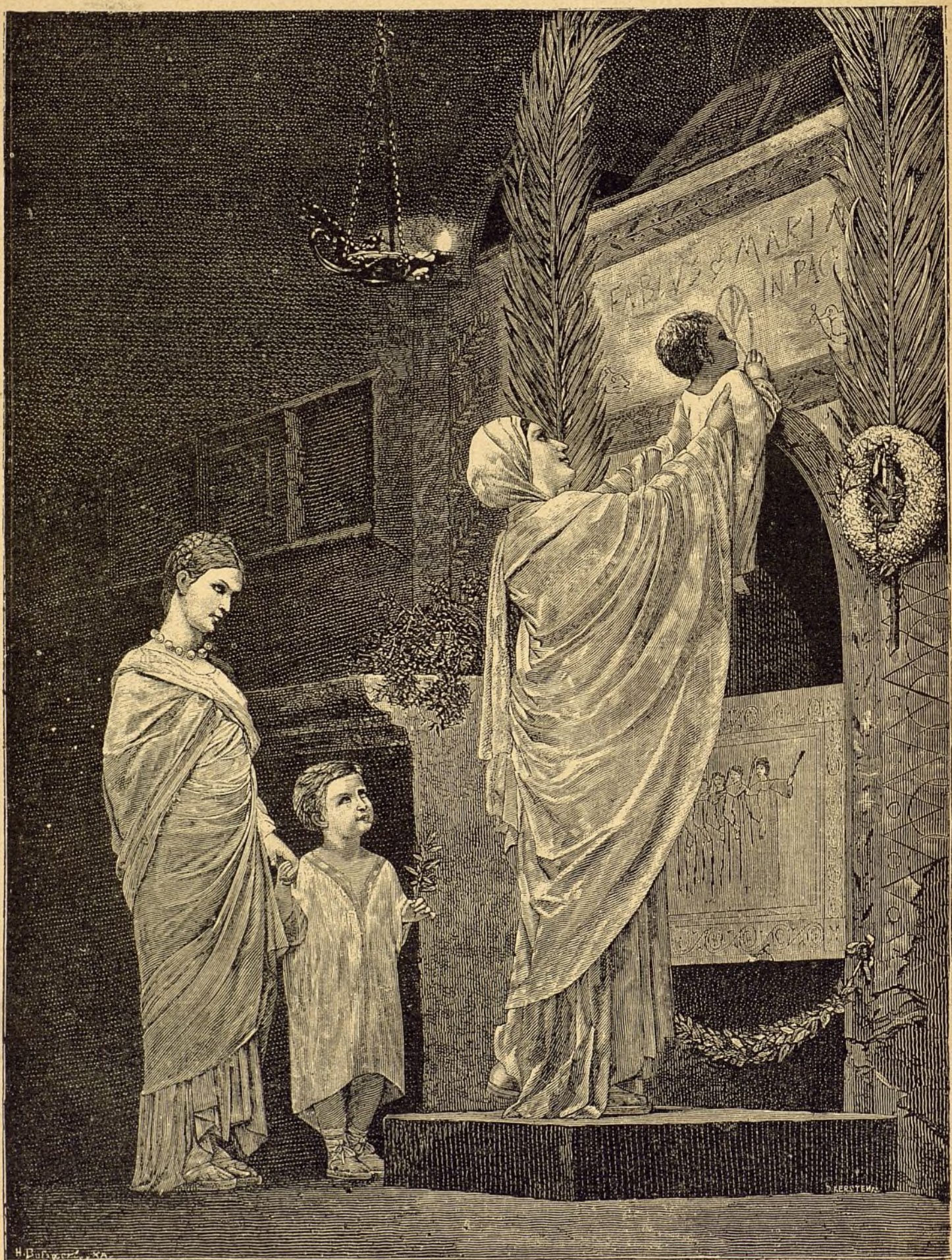
Y hoy todavía, sobre la torre de San Esteban, flota al viento el estandarte santo de la cruz: él recuerda á todas las generaciones el día feliz en que el ejército cristiano levantó el asedio de la ciudad imperial.

G. GOERRES.

(1) En esta balada, de una inspiración verdaderamente religiosa y de un tono guerrero, el poeta Goerres, uno de los escritores católicos más ilustres de Alemania, ha pintado con admirable vigor la heroica defensa de Viena contra los turcos en 1683. Sitiada por un ejército de doscientos mil hombres al mando de Kara-Mustafá, y próxima á sucumbir, Viena fué libertada, como es sabido, por Juan Sobieski, que pronto al llamamiento del Papa, acudió en su auxilio con sólo sesenta mil hombres, reunidos apresuradamente, pero resueltos á vencer ó á morir. Lo mismo que en Lepanto, los cristianos se pusieron bajo la protección especial de la Virgen Santísima, y derrotaron por completo á los turcos. Esta victoria valió á Sobieski el título de Salvador de la cristiandad.

Tales son, en resumen, los hechos que inspiraron al eminente poeta alemán.





LA VIUDA DEL MÁRTIR



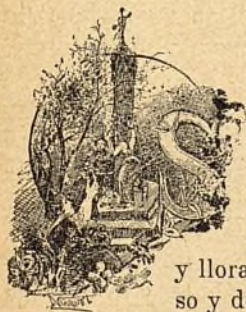
# EL CRUZADO

*Leyenda*

POR FRANCISCO HERNANDO

(Continuación)

El paje estaba en las batallas como en su elemento, dando tales muestras de inteligencia y valor, que muchos viejos guerreros le envidiaban. Los mismos jefes le enaltecían, y hasta Godofredo le distinguió y propuso se quedara en su corte; pero Luis, que peleaba con entusiasmo, por carácter y no por medrar, respondía á todos que estando al servicio del señor de Beaumont no haría más que lo que el Barón hiciera. Y como tres días después de la victoria de Jaffa el varón se despidiera de Godofredo, y determinara volverse á Francia con parte de su gente, pues creía pasado el peligro en que Jerusalén se viera, Luis le acompañó no sin pena y se embarcó de nuevo, si bien para sus adentros iba diciendo: «Allí pelearemos con los de Tiercy, y lo que es esta vez me pagarán lo de antes.»



XII

Reguía Inés de Beaumont entre tanto en la misma situación en que la hemos dejado, es decir, cautiva y llorando la muerte de su esposo y de su hijo, pues la completa carencia de noticias que de ellos tenía, fué poco á poco confirmándola en sus temores y acostumbrándola á la idea de que había perdido para siempre á los dos objetos de su cariño.

Quedábala su hija, pero era su presencia nuevo motivo de inquietud y sobresalto. Continuamente se figuraba que la arrancaban con violencia de sus brazos, y muchas veces despertó sobresaltada, pensando que los soldados de Tiercy venían á llevársela. «¡Pobre hija mía, murmuraba, qué triste suerte te aguarda! Encerrada

en esta prisión crecerás languida y pobremente, hasta que los verdugos de nuestra familia te arranquen para siempre de mis brazos. Sí, para siempre, porque el día en que me separen de ti, será el último de mi vida.»

Tenía Inés para su servicio y el de su hija una de sus antiguas criadas, llamada Luisa, la que únicamente estaba en comunicación con los criados del Conde y gozaba de cierta libertad para andar por el castillo. Luisa, que era habladora, procuraba hacer hablar á los criados del Conde, pero éstos por regla general la hacían poco caso y no la daban ninguna noticia que pudiera interesar á su señora, que era lo que con su sempiterna charla iba buscando la criada.

Mas hizo la casualidad que el día que el Abad de Cleard fué á ver el Conde, Luisa le viese desde una ventana, suceso que con suma alegría fué á comunicar á la Baronesa.

«No estoy tan abandonada como pensaba,» murmuró ésta al saberlo, adivinando que sólo por ella podía ir el Abad al castillo; y pasando con esta noticia del abatimiento á la esperanza, figuróse que el conde de Tiercy, cediendo á la elocuencia del Abad, vendría en seguida á pedirle perdón, devolverla su libertad y dejarla vivir tranquilamente en las ruinas de Beaumont. Pero pasaron algunas horas sin que nadie se le acercara, y cuando Luisa volvió á salir para buscar la comida de su señora, procuró más que otros días hacer hablar á los criados, pero consiguió menos que ninguno. Tenían todos aquella tarde peores modos, peor genio y hasta peor cara, porque el Conde, al quedarse solo y mal





humorado con lo que el Abad le dijera, regañó al mayordomo, á los pajes, á todo bicho viviente, y encontró mal cuanto le sirvieron.

—¡Ay, señora, volvió Luisa diciendo á la Baronesa; no parece sino que en esta casa ha entrado la peste con el señor Abad! ¡qué cara tienen todos!

—Pero, ¿has sabido algo? preguntó impaciente Inés.

—¿Qué he de saber? si no han hecho más que darme malas contestaciones. Todos están de un humor endemoniado como debe estarlo su señor.

Y así era, en efecto, porque el Conde, desde que vió que se sabía tenía á Inés encerrada, dióse á pensar en las dificultades que esto podría ocasionarle, y creyó que no sería difícil que el buen Abad hiciese correr por Beaumont la voz de lo ocurrido, y que juntase gentes, y bien le sitiasen en Thiercy, bien se negasen resueltamente á admitir por señor á su hijo Enrique. La insurrección y la guerra que los vasallos de Beaumont pudieran hacerle no le daba cuidado, antes por el contrario puede decirse que las deseaba, para castigarlos duramente; pero le inquietaba mucho el que pudiesen llegar hasta el Rey noticias de lo ocurrido, porque fundándose en que la baronesa de Beaumont estaba abandonada y sin herederos, le había pedido se la adjudicara en regla á Enrique. Esperaba por momentos la carta de éste anunciándole la concesión; que era el rey Felipe muy amigo suyo y nada escrupuloso, y por lo tanto no opondría dificultad en concedérsela, cuando la conversación con el Abad le hizo comprender tendría quien pondría obstáculo á sus planes.

Pasaron después de la visita de éste diez días, sin que el Conde tuviera la menor noticia de París, cosa que aumentaba su mal humor de un modo extraordinario, cuando el 20 de Julio llegó á escape un correo, anunciándole que le traía una carta de su hijo.

Abrióla con precipitación y quedóse petrificado al leer lo siguiente: «Padre mío, ayer provequé imprudentemente á un amigo por cuestiones de juego. Estoy herido de muerte y próximo á comparecer ante el tribunal de Dios. Os pido perdón, como á El se lo pido por mis muchos crímenes. Recibiréis esta carta cuando ya sea cadáver. Vuestro, hijo, Enrique.»

—¡Muerto! ¡muerto! exclamó el Conde, á quien esta noticia cogió de sorpresa. ¡Muerto, cuando la felicidad le esperaba! ¡Muerto en la flor de su edad! ¡Muerto, cuando por él eran todos mis afanes!

Después de estas exclamaciones quiso llorar, pero no pudo; un sudor frío empezó á correr por todo su cuerpo, y dando un grito agudo cayó al suelo desplomado.

Sus criados acudieron en seguida y le trasladaron en su lecho, donde á fuerza de cuidados lograron volverle á la vida; pero tardó tres días en poder levantarse, y lo menos otros cinco en poder montar á caballo.



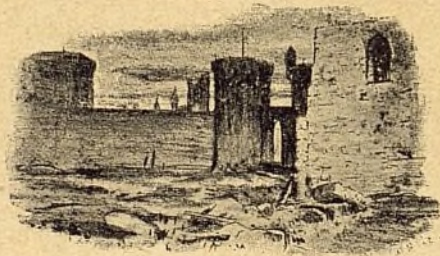
Pero tenía el Conde una naturaleza tan dura como su alma; así que, á pesar del rudo golpe recibido, no se abatió, y en cuanto pudo quiso salir del castillo.

—No quiero, murmuraba, que digan esos frailes que esta casualidad me ha espantado, pues estoy seguro harán correr la voz de que la muerte de mi hijo es un castigo de Dios. La suerte se ha reído de mis planes; pero niuelto á los Beaumont, ni cedo un ápice en lo que me había propuesto.

Y en efecto, el señor Conde, en cuanto pudo salir, dirigióse convenientemente escoltado, por supuesto, al señorío de Beaumont, como para mostrar á sus habitantes que aún le quedaban fuerzas para reprimir y castigar toda tentativa de insurrección.

—Aún me queda otro hijo, decía pensando en Augusto, á quien hasta entonces tenía casi olvidado; y aunque éste es más escrupuloso que su hermano, al fin aceptará lo que le deje su padre; sólo que á éste habrá que dárselo hecho, mientras el otro me ayudaba á hacerlo.

Y para confirmar sus propósitos dejó parte de su gente de guarnición en el castillo de Beau-



mont, que hasta entonces seguía abandonado, y mandó que repararan los estragos que el incendio había ocasionado, estragos que aunque grandes, no eran sin embargo irremediables. El fuego había destruido las habitaciones de los Barones, que estaban en la parte alta, pero conservábase sana toda la parte baja y aun algunos cuartos del piso principal. Al recomponer el castillo, mandando dar trabajo á los vasallos de Beaumont, proponíase el Conde tenerlos contentos y atraerlos á su causa, al mismo tiempo que les quitaba hasta la última esperanza de ver en él á sus antiguos dueños.

Así pasó más de un mes, sin que, por supuesto, cambiase el Conde de conducta respecto á Inés, á quien ni siquiera veía, ni lograrse quitarse el mal humor que le aquejaba.

Aunque se esforzaba por aparecer sereno, algo pasaba dentro de su alma que le aquejaba é intranquilizaba frecuentemente, y le causaba largos insomnios y no pocas amarguras, todas las cuales se revelaban en la acritud con que trataba á sus vasallos y á cuantos se le acercaban. Por la menor cosa imponía terribles castigos á los primeros, así que todos le temían y le odiaban. Desde la muerte de su hijo estaba el Conde inaguantable: verdad es que también desde aquel día no pasaba uno sin que le ocurriera algún percance ó tuviese algún disgusto.

En pocas horas, sin saber cómo, destruyólo violento incendio un magnífico bosque en que





solía recrearse cazando; murió á los pocos días su mejor caballo repentinamente; perdió un precioso anillo que su segunda mujer le había regalado; cosas todas que aumentaban su mal humor de un modo extraordinario, y exacerbaban la violencia de su genio.

De aquí resultaba que sus mismas gentes le huían, y esquivaban su conversación y trato, hasta el punto de dejarle solo largas horas, en las que el Conde pasaba amarguras infinitas. Su distracción única era la caza de fieras, á la que se entregaba con más pasión que nunca, porque necesitaba emociones fuertes que le hiciesen olvidar sus disgustos. Buscaba con ansia los peligros, y cuanto más riesgo ofrecía la persecución de una pieza, con tanto mayor gusto la emprendía.

Una mañana del mes de Septiembre salió en persecución de unos jabalíes que andaban por las inmediaciones de Cleard. Cazó tres ó cuatro con la gente que le acompañaba, cuando vió pasar un magnífico ciervo. Poner su caballo á escape y lanzarse tras él fué para el Conde cosa de un momento. No tardó así en alejarse de su gente y de meterse, sin saber cómo, en un terreno para él desconocido. Hostigando á su corcel, saltando zanjás y matorrales, caminaba con tal precipitación que parecían jinete y caballo impulsados por un vértigo; pero no perdió de vista al ciervo, que al verse perseguido de aquella manera, tomó monte arriba por un áspero sendero al borde de un precipicio. Siguió el Conde, pero aún no había andado cuarenta varas, cuando tropezando su corcel en una peña, cayó rodando y le arrastró al precipicio.

Caballo y caballero, contenidos un momento por unas matas, siguieron descendiendo luego; mas por fortuna quedó el Conde colgado de otras, mientras su montura rodaba hasta el fondo del abismo.

Herido, magullado, con una pierna rota, aún tuvo fuerzas, ayudado por el instinto de conservación, para agarrarse violentamente á las matas que le habían detenido, y haciendo un supremo esfuerzo, pudo montarse en ellas y quedar como encerrado entre las ramas.

Érale imposible caerse de aquella especie de nido, pero también le era imposible moverse, porque á sus piés tenía el abismo, y desde su cabeza hasta la senda de donde había caído, mediaban más de seis piés, que de ninguna manera podía subir.

Gritó, llamó, pero en vano; nadie acudió á sus voces, y entre tanto los dolores que el golpe le ocasionara iban siendo por momentos más fuertes é intolerables. A ellos se unió en seguida la

terrible idea de que no había esperanza ninguna de salir de allí ni de ser socorrido, idea que acabó por completo con el valor del Conde.

Hasta entonces había éste desafiado mil veces á la muerte, pero al verla acercársele lentamente y con el aparato de agudos y terribles dolores con que se le presentaba; al verla, en la soledad y en el silencio profundo que en aquel sitio reinaba, erizáronsele los cabellos y tembló de espanto. Los sufrimientos que le aguardaban sólo con que tardara dos horas en morir, debieron presentarse á la imaginación del Conde con tan terrible aspecto, que para huir de su vista y acabar pronto echó mano al puñal que en el cinto llevaba, resuelto á quitarse la poca vida que le quedaba. Pero el puñal sin duda debió salirse al caer, porque no encontró más que la vaina. Trató entonces de separar las ramas que le detenían como en una cárcel, y dejarse caer; pero fuéle imposible, porque ya el dolor le había quitado las fuerzas que para entrar le valieron. Perdió, pues, hasta la esperanza de acabar con su existencia; mas lejos de aprovechar aquellos momentos que Dios en su misericordia le concedía para reconciliarse con Él, empezó á blasfemar y á maldecir de su suerte, hasta que el dolor le hizo callar.

Así pasó más de una hora, sin que en ella perdiera el conocimiento ni dejara de vez en cuando de lamentarse y gritar; y sin duda en aquella hora de cruel agonía debieron cambiar sus ideas, porque de vez en cuando exclamaba: «¡Salvadme, Dios mío! ¡Virgen Santa, salvadme!»

Acababa de dar uno de estos gritos, cuando la fuerza del dolor le hizo perder el conocimiento; mas precisamente en aquel instante pasaban por el sendero dos monjes que á la inmediata abadía de Cleard se encaminaban, y uno de ellos oyó la invocación del Conde.

—Alguien llama á la Virgen Santísima, hermano, dijo á su compañero.

—En efecto, respondió éste, he oído como una lamentación, pero no he podido coger las palabras.

Pusiéronse á mirar por todas partes, y no tardaron en ver en el sendero por donde marchaban, las huellas de un caballo que desaparecían de repente, en un sitio donde la tierra removida y unas cuantas ramas rotas indicaban lo ocurrido. Miraron entonces al fondo del abismo, y vieron en él al corcel del Conde exánime.

—Es un caballo solo, dijo el más joven de los monjes; sin duda venía escapado, y se ha caído.

—Sin embargo, yo he oído la voz de una persona.

—Pues ya veis que con el caballo no hay nadie, ni en todo lo que se descubre del barranco tampoco.

—Escuchemos, á ver si se repiten los gritos.

Y los dos monjes se pusieron á oír, pero ni un solo gemido vino á revelarles el sitio que encerraba al Conde.

—¿Será una ilusión lo que oísteis? dijo el más joven de los dos.

(Se continuará).





## SUBSCRIPCION

EN FAVOR DE LA OBRA DE LA PROPAGACIÓN DE LA FE

Para las Misiones más necesitadas

J. S. . . . .	8 ptas.
J. S. . . . .	3 »
Un Congregante de María. . . . .	1'29»

## MARICIELO

novela original de la distinguida escritora católica

Aurora Lista

Ilustraciones de Ricardo Opisso  
Artística cubierta á 2 tintas

Precio: 0'50 ptas. en rústica,  
y 1 pta. elegantemente encuadrada.



MUESTRA DE LOS GRABADOS

Librería y Tipografía Católica, Pino, 5, Barcelona

## PARA OCTUBRE

**Obra nueva.** *Rosas de otoño*, ó piadoso Mes de Octubre, dedicado á honrar á la Reina del Santísimo Rosario, por el Dr. D. Félix Sardá y Salvany, Pbro., director de la *Revista Popular*. Está acabándose de imprimir, y se pondrá en venta á precios muy económicos.

**Mes de Octubre** consagrado á Nuestra Señora del Rosario, por D. J. Martí y Cantó, Pbro.—En 16.º, 1'50 ptas. en piel. Por correo, 1'60.

**Mes del Rosario** ó mes de Octubre, compuesto por el Rdo. P. Fr. José M.ª Morán.—En 8.º, 1'75 ptas. encuadrado en piel. Por correo, 10 cént. más.

**Mes de Octubre** consagrado al Seráfico Patriarca San Francisco de Asís.—En 8.º, 1'50 pts. en tela.

**La mujer grande.** Vida meditada de Sta. Teresa de Jesús. Obra importantísima. Distribuida en lecciones para todos los días del año —Tres tomos en 4.º, 9 pts. en rústica, y 12'45 en pasta.

**Triduo** á Santa Teresa.—5 cént.

### OBRAS DE PROPAGANDA

**Mucho Rosario**, por D. Félix Sardá y Salvany, Pbro., director de la *Revista Popular*.—Cien ejemplares, 4 pts.

**El Santísimo Rosario**, por Campazas.—Un ejemplar, 10 cént.

Para los pedidos dirigirse á D. Miguel Casals, Pino, 5, Barcelona.

### LOS TRECE MARTES Y OTRAS DEVOCIONES

en honor de

**SAN ANTONIO DE PADUA**

por el P. Fr. Mariano Fernández García, O. F. M.

DE LA PROVINCIA DE SANTIAGO

Véndese á 1 real en esta Administración

## MÁQUINAS PARA COSER

y hacer calceta

Marca «ESTRELLA»

las más superiores

**FRANCISCO FORTUNY**

Hospital, 110 y 112, Barcelona

CASA FUNDADA EN 1850

ANTIGUA FABRICA DE TEJIDOS

Y TALLER DE BORDADOS

PARA

ORNAMENTOS DE IGLESIA

HIJOS DE MIGUEL GUSI

DESPACHO: CALL, N.º 6.—BARCELONA

Ornamentos confeccionados en todas clases.—Casullas bordadas en oro y sedas.



Albas, Sobrepellices, Roquetes, Amitos, Lavabos, Purificadores y Sabanillas para altar.—Cingulos, Fiadores, Borlas y Flecós en todas clases. Encajes en hilo y bordados en oro. Cintas para Amitos. Terciopelos, Rasos, Damascos, Imperiales, Tercianelas, Noblezas, Brocateles, Espolines, Moaré, Gros, Glacé, Lamas y telas plata, Tisúes en oro y plata para bordar, Merinos, Casimires, Anascotes, Estameñas para trajes talarés, Cálices, Custodias, Candelabros y demás artículos de metal en todas sus calidades, Imágenes de talla en todas clases.

### INCIENSO

AL USO DE ROMA Y JERUSALÉN  
PARA LA IGLESIA,

DEL DR. SASTRE Y MARQUÉS

Aprobado en el Congreso  
católico de Sevilla de 1892.

Se vende en cajas de 1/2 y 4 kilo.

Cuidado con las imitaciones y falsificaciones

**Vino de ostras** del Dr. SASTRE Y MARQUÉS. Recetado por los más eminentes médicos contra la anemia, enfermedades nerviosas, de estómago y debilidad general.

**Esencia febrífuga** del Dr. SASTRE Y MARQUÉS. Excelente remedio contra toda clase de calenturas intermitentes.

**Dr. Sastre y Marqués**  
Hospital, 109. — Barcelona

## HOMEOPATÍA

Cajas, carteras, botiquines, desde 6 á 500 pesetas. Obras de Homeopatía de todos los autores. Tinturas, trituraciones, glóbulos, diluciones y todo lo relacionado al sistema. Unica Farmacia Homeopática aprobada por la Academia Médico-Homeopática. Calle Santa Ana, 5.

## SOLUCIÓN

de **Fluoruro Fosfato de CAL SEGURA**. Cura el Raquitismo, Debilidad general, Enfermedades de los Huesos, Tuberculosis en su primer período. Es muy útil su uso durante el embarazo.

VENTA: FARMACIA SEGURA, BAÑOS NUEVOS, NÚM. 8

TIPOGRAFÍA CATÓLICA, Pino, 5, Barcelona